

LÍNEAS DESDE CAMAGÜEY

LÍNEAS DESDE CAMAGÜEY

Rafael Almanza



EDICIONES MEMORIA

Edición: Mario Ramírez.

Diseño: Rafael Almanza y José Luis de Cárdenas.

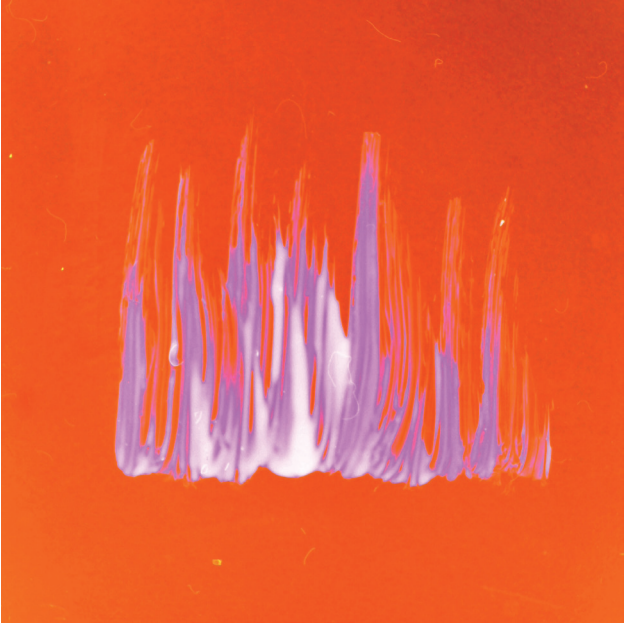
Cubierta, contracubierta e interiores: Imágenes de la serie *Diario de fuego* y otras obras del artista visual Lester Álvarez.

© Ediciones Memoria, 2024

ISBN: 978-1-965745-96-0

La verdad os hará libres.

I



Hablaba yo mucho de niño en clase, porque la clase era intolerable y yo era un alumno modelo: me castigaban pues a *hacer líneas*. Después de la prisión pedagógica, tenía que escribir cien veces: *No debo hablar en clase*. Pero desde luego yo seguía hablando y he seguido hablando todo el tiempo de forma escandalosa en la clase intolerable de régimen político que me ha tocado vivir, y he seguido haciendo líneas de castigo, y otras por obediencia a la verdad que está en mí y me obliga. Hacer líneas se me ha vuelto un oficio de liberación y de salvación.

Van aquí algunas, acumuladas por años.

Oxímoron: rosa crucial, agua quemada. ¡Serpiente emplumada!

Hay una rebeldía por desobediencia, y una rebeldía por obediencia; una obediencia por obediencia, y una obediencia por desobediencia.

Quizás soy un 33 por ciento católico, un 33 por ciento ortodoxo, un 33 por ciento panteísta y un 1

por ciento de no sé qué soy. Si me salvo, será por el uno por ciento, probablemente.

Dios como Amor: el Amor Inexorable de George McDonald es el Amor Indescifrable por Inmarcesible. El Amor Inconcebible. Pero es que *así tiene que ser* el Amor.

Deseamos locamente ese Amor.

Ya se sabe: la dificultad de la comprensión de Dios —de nuestra comprensión de Dios—, consiste en querer adaptarlo a nuestras conveniencias o a nuestra medida, incluso simplemente a nuestra realidad. Es curioso que resulte risible de solo decirlo o pensarlo, y que tanto creyente —la inmensa mayoría, supongo, y me incluyo—, le ruegue todos los días que adapte sus designios a nuestras exigencias ridículas y cobardes, que *lo excluyen, lo ignoran*. Más asombroso todavía es que Él acceda, gustoso. Significativo: solo el cristianismo presenta un Dios con esas características, capaz de “adaptarse” incluso a la figura, a la condición humanas. En ese sentido, el cristiano tiene pues un permiso muy especial para hacer esos ruegos limitados. Dios hizo el límite, o por lo menos lo permite. Se hizo límite (Hombre), que es lo más ilímite imaginable en Dios. (Y por eso es necesario, inevitable y creíble). Pero el creyente necesita —sobre todo el cristiano, quizás no tanto el de las

religiones orientales—, una mayor conciencia de la diferencia específica de Dios, su libertad sin límites en la naturaleza del Amor. Y eso, tanto para la vida espiritual individual, como para la de las comunidades y de las Iglesias.

Dios es Otra Cosa. Es nuestro pero es Él. No es Él *de* Él, sino que es Él y de Él *siendo de* todo lo que no es Él. Él, siendo lo que es, y porque es, no puede ser *de* Él. Su ser es darse. Siendo, hace ser. Siendo, se da.

Estamos siendo en Él.

El Sol de lo Posible. Este Sol calcina, pero no ciega: es la única luz que puede abrirnos los ojos. Solo después de achicharrarnos en el Sol de lo Posible podríamos ocuparnos de la embriagadora luz del imposible. ¿A un cristiano le preocupa el imposible? ¿Cuál? ¡Cristo ha resucitado!

Verdaderamente ha resucitado. Y la luz de nuestro diario imposible puede volverse una transfiguración.

Lo Posible es un Sol. Es posible derrocar al déspota, darle todo lo que tenemos a los pobres, amar con entrega completa a todos y a todo, a toda hora. Una cantidad de mujeres y hombres lo ha logrado a través de la historia. Al final, será una multitud

como de ángeles. Y ni siquiera ese número de Posibles bastará al Nos de Amor.

Regulaciones posibles: la producción debe estar regulada por el mercado; el mercado debe estar regulado por el Estado; el Estado debe estar regulado por el pueblo; el pueblo debe estar regulado por la conducta ejemplar de los mejores ciudadanos; y los mejores ciudadanos deben estar regulados por el culto individual y libre con todo el ser a Dios como Amor.

Sustituir el mercado por el podlag o economía del regalo: trabajar para regalar espléndidamente al prójimo, y recibir los más opulentos regalos del prójimo. Si ya ha existido, y aún existe residualmente en pueblos *primitivos* este tipo de economía, es porque existirá. Existió, existe, se niega a desaparecer, tal vez siga existiendo en esos pueblos o en forma subrepticia de subversión del mercado por grupos de personas inteligentes, por lo tanto no es incompatible con la naturaleza humana. Y frente a la fría economía del intercambio mediante el dinero, que genera necesariamente una insatisfacción en el modo de producir y en el de consumir, la economía del regalo pudiera ser la fiesta que sustituya a la saciedad de la opulencia. Jamás podrá intentarse mediante la violencia ni sin el alegre consentimiento de los participantes. No ya la libertad, sino la alegría.

Hay una perfección imposible: la de la obra en Dios. Y una perfección posible: la del agotamiento en la búsqueda de la perfección. Hay una imperfección posible: la que, por grave que sea, no quiebra la unidad de la obra. Y una imperfección inadmisibles: la que la rompe. ¿Esto es válido también en Ética?

El Amor Inexorable de Dios no consiste en que no podamos huir de su Amor —nuestra desgracia es que ciertamente podemos intentarlo y lo hacemos todos los días—, sino que estamos *en* el Amor de Dios por nuestra naturaleza misma. Somos en el Ser de Amor. El asunto es *reconocernos*. Edipo al revés, comedia peligrosa.

Me dijo el joven poeta Carlos Sotuyo: sería mejor que existiera Dios. Conviene que haya Dios. Luego hay Dios.

Si tiene que haber impuestos para las obras de la comunidad, que sea siempre el de un 50 por ciento: la mitad para el prójimo.

Si la Ética se enseñara como Arte, no solo sería más fácil, sino también más propio.

La Belleza del Acto.

La Belleza de los Actos para con Dios.

Relación de los Trascendentales: la soberbia es fea y es estúpida. La humildad es bella y es sabia. ¿Alguien puede refutar estas definiciones?

El arte es un camino áspero que no conduce de por sí a ningún sitio, pero hay que recorrerlo de rodillas.

Para casi todo hombre de hoy, Dios sigue siendo una posibilidad, incluso atractiva, pero una posibilidad que no tiene ganas de explorar.

Lo fácil. Lo rápido. Lo cómodo. Demonios.

Lo difícil, incluso lo imposible. La paciencia. La resistencia. Ángeles.

La vida se ha quedado sin categoría. No una gorguera, sino un pulóver.

No hay relación entre Economía y Ética. Dicen los egoístas y los abusadores.

La verdad es esta: nada hay sin relación. Nada sin Vínculo.

La Economía tiene su ética en el sentido de que la ineficiencia, la ineficacia y el despilfarro son inmorales. Atentan contra la propiedad del Padre. El socialismo real ha sido un intento de parricidio.

También la Ética es económica, en el sentido de que, a la larga y a la corta, la conducta moral es la única forma de felicidad auténtica y perdurable. La inmoralidad es desperdicio.

Los errores de la nobleza son preferibles a los aciertos del egoísmo, por no hablar de los de la maldad. Son también, a la larga, aciertos prácticos.

La suprema rebeldía es la lealtad a sí mismo.

Mi rostro original en Dios es un empuje todopoderoso.

¿Será que los santos ven su rostro original en Dios?

Por regalo divino, desde luego. Pero, ¿pudiéramos todos intentar ver nuestro rostro original en Dios?

El altruista es el verdadero individualista. El egoísta no es individualista, está encerrado en la limitación de su propia ausencia de individualidad real. El altruista está dotado de una individualidad completa, su ser brota de lo que necesariamente tiene que constituir el centro de la individualidad de un ser que es social por naturaleza: el vínculo con el otro, y especialmente con *lo otro*. Este vínculo con lo otro puede quedarse en el respeto, la admiración y la adoración del cosmos, o en una

otredad más, la del Otro absoluto. El altruista es el hombre total, capaz de realizarse en el otro, en lo otro y en Dios.

El fanatismo es una fe en el fanatismo. Ninguna fe real autoriza el fanatismo. Puesto que la fe es incomprobable por definición. Pero la no aceptación del carácter improbable de una fe conduce a afirmarla fanáticamente, que equivale a destruirla y negarla.

Quien no duda nunca, no tiene fe, porque ha dado por comprobado lo que no se puede comprobar, lo que Dios ha dispuesto que no podamos comprobar.

La Sábana Santa es a mi juicio auténtica, aunque, y porque, no prueba la resurrección de Cristo, solo lo creíble que no creemos: su existencia y muerte en la Cruz.

Lo increíble, su Resurrección, quizás no haga falta creerlo. ¿Quién puede? A menos que... Yo diría que basta con aceptarla, como un dato.

Cuando alguien lo ama a uno de veras, uno no lo cree. Hay una dificultad para creer en lo bueno. En cuanto a lo malo, mejor no hablar.

El estado de verdadera fe sería una radical abstinencia de todo fanatismo. Aunque ya una radical

abstinencia es un fanatismo. Mejor una aspiración contradictoria, vacilante, insostenible, a un mínimo de inocencia. O lo que es lo mismo, a un mínimo de decencia.

El misterioso, inexplicable e inútil deseo de perfección de los artistas, demuestra la existencia de la Perfección. Ninguna perfección sacia al artista. Desear una perfección imposible y para colmo inútil no puede ser explicado con ninguna teoría psicológica o sociológica. Pero sí desde el punto de vista metafísico. La Perfección existe y la llamamos Dios. Nadie en sus cabales puede desear imperativamente una cosa que no existe. En ese caso, el universo, además de existir por gusto, tendría la extraña ambición de ser más de lo que es, sin ningún fundamento.

Pensar lo que se vive, ¡vivir lo que se piensa!

Aunque pensar lo que se vive pudiera ser una empresa mayor. O al menos lo que se ha vivido. Porque pensar lo que se está viviendo ahora es... *inimaginable*. Habría que conocer todo el pasado y todo el futuro de sí mismo, es decir, la historia del universo.

Hay pues que vivir lo que se piensa, pero con la moderación que da el carácter necesariamente fragmentario y dudoso de todo pensamiento humano.

No hay que temerle a la incoherencia, sino a la soberbia de la coherencia estúpida y al voluntario ocultamiento de la realidad.

Sistema coherente es sistema fallido. Todo sistema es roto por la Realidad. Y jamás llega a ser totalmente coherente.

Lo que buscamos, lo que necesitamos no es el sistema sino las conexiones, la Conexión.

Todos sabemos que la Conexión existe.

Nos gusta la Conexión, empezando por el sexo. Luego viene la fantasía de conectar todas las conexiones que conocemos en un sistema, para más conexión interesada. Pero siempre va a aparecer un emparejamiento cuántico, una conexión imprevisible y desconcertante.

Escoger la unidad de la propia persona, es decir, renunciar al pecado. El pecado nos rompe.

¿Hay una unidad virtual, posible, de la propia persona que nos permite atrevernos a algún pecado desde el perdón previo de Dios?

La unidad de la propia persona no es sino la unión con Dios, mejor dicho, en Dios, desde Dios. A través de todas nuestras sucesivas máscaras, Dios

nos tripula hacia nuestra unidad en su Unidad, en la desbordada unión con Él. Esas máscaras son necesarias para que apreciemos el don de la Unidad, el Nos de Él.

Tengo sueño. Pero, ¿puedo estar tan despierto, Dios mío, como para pensar todo lo que me has dicho, para vivir todo lo que me has soplado en los exámenes, fraudulento de Ti?

Nunca estaremos suficientemente despiertos a Tu Semejanza. Nos conviene morir, nos conviene resucitar en la vigilia absoluta de Tu Semejanza.

Cristo ha resucitado. Verdaderamente ha resucitado. Ha sido invertido el universo. ¿No te parecía conveniente? ¡Es justo! ¡Es necesario! ¡Era inevitable! ¡Aleluya!

Mi cuerpo enfermo es ahora el cuerpo de Dios.

La Transfiguración fue un Spot.

El Spot de un Regalo.

La Resurrección es la definitiva Conexión. El Enchufe que ilumina.

La nación es comunión. No es la comunión de los santos, pero es más amplia que esa comunión, más

generosa. Es la forma más amplia y por lo tanto más cristiana de comunión que podemos tener sobre la tierra: una comunión cultural. No se puede pretender que la nación sea igual a la comunión de los santos, pero tampoco se puede rechazar la comunión cultural de la nación en aras de la fe cristiana, porque esta fe es fe de comunión. El que se pone por encima de la comunión que es la nación, se cree dios. El cristiano tiene que vivir en esa contradicción agónica: la comunión universal de los santos y la fe encarnada de esa comunión en una nación concreta. La Nación de Dios solo puede existir con Dios mismo como Rey.

El amor a la patria es el amor de Dios que nos reúne.

El amor a la patria es el amor del Padre que nos une.

El amor a la patria es el amor que nos tripula hacia la futura Nación de Dios.

Nación de Dios: ¡nacer en Dios!

II





olver a nacer en Dios, *ahora* irreversiblemente.

La justicia jamás es un equilibrio. Los equilibrados son egoístas e indiferentes.

Dar más de lo que se recibe del otro, eso es justicia: no dar lo mismo. No dar más de lo recibido, puesto que Dios nos ha dado el ser y se nos ha dado Él. La justicia es un desequilibrio.

Que haya malas pasiones no significa que la Pasión sea mala.

El hombre bueno suele carecer de recursos psicológicos para defenderse. El hombre malo dispone de incontables recursos para su propia defensa. En la cárcel sigue reinando, y la muerte ni remotamente le asusta. Que lo maten es su mayor victoria.

El hombre malo se considera a sí mismo la sinceridad de la especie. Tal vez lo sea. Pero se trata de

una sinceridad parcial. A pesar de todo, somos los Niños del Bien.

Soportar el mal es nuestra tarea más difícil. Ni hablar de entenderlo.

Recuerdo la súbita cara de odio de mis adversarios en el kárate. Mi muchacho Arley me ha dicho que también a él le asombraba y le espantaba el repentino, extraño, inmotivado odio de esos compañeros del deporte. ¿Por qué? ¿De dónde salía, de donde sale *eso*? Arley peleaba bravamente, pero sin odio. No necesitaba el odio para combatir.

De repente el niño más querido te hiere, te insulta, te repudia.

Dios no nos ama por nuestros méritos sino por nuestro ser, puesto que nos ha hecho para amarnos. Todo pecado es inútil. También toda ofensa.

Dios nos ha creado para amarnos, pero no pasivamente, sino para amarnos mutuamente. Por la semejanza participamos de la naturaleza de su Amor.

Ya que tenemos que tener cárceles, todos debiéramos ser, alguna vez, carceleros. Debiera tratarse de un servicio social, como el militar, pero para mayores de treinta años. Este ejercicio pudiera contribuir notablemente al crecimiento de la sabiduría social.

Cuando estudié Derecho Penal dejé de estudiar Derecho. Me roban el televisor y condenan al ladrón a tres meses de cárcel. ¿Quiere decir que admitimos que un televisor vale tres meses de privación de libertad de un ser humano? ¿No sería menos injurioso para nosotros mismos obligar al ladrón a devolver el televisor o lo que cuesta, más una multa al dañado y a la sociedad? Al menos habría que darle la oportunidad.

Todo ladrón es un mendigo. No todo mendigo es ladrón.

Menos culpable es el ladrón de un objeto que el ladrón de la libertad ajena.

Solo los niños y los adolescentes tienen experiencia. Experiencia del éxito: vienen de Dios y juzgan espantados el caos, la miseria, el desastre. Los mayores tenemos también experiencia, pero del fracaso.

Entre la praxis de la filosofía y la filosofía de la praxis, elijamos la sabiduría. El comienzo de la sabiduría sería la delicadeza.

Vivimos brutalmente. Lo asombroso no es que seamos brutales con los demás, sino que somos todavía más brutales con nosotros mismos, sin ni siquiera darnos cuenta.

La brutalidad es del hombre como la delicadeza es de Dios. En nuestra brutalidad actúa nuestra debilidad, nuestro desamparo, las leyes de la intemperie: en nuestra delicadeza actúa el poderío de Dios, su protección, su admirable plan. Que, afortunadamente, nada tiene que ver con el miserable, brutal plan nuestro.

La mayor fineza de Dios, especulaba Sor Juana. Tal vez solo las mujeres deberían dedicarse a la Teología.

Los japoneses aman —o amaban— la *roña del tiempo*. El mundo de hoy es enemigo de esa roña, es un mundo de novedades que se marchitan enseguida: no es un mundo del tiempo ni del paso del tiempo, sino de la muerte incesante. Y por eso han inventado la decoración *wabi sabi* (eso, roña del tiempo), espectacular unión de objetos viejos o envejecidos sin participación histórica del dueño. El Tiempo convertido en Farsa.

Roma conquistó a Grecia, y se helenizó mediocremente. La Iglesia de Cristo conquistó al Imperio Romano, y se monarquizó hasta hoy.

El celibato obligatorio de los sacerdotes católicos no es una opción, es un error. Sólo se puede ser realmente célibe si Dios ama al célibe en forma abrumadora y celosa. Es una decisión de Dios, no

del hombre, que no puede lograrla mediante ninguna oración, mediante ningún truco, si Dios no lo quiere. Y ese amor celoso de Dios parece escaso, tan raro como la vocación por las matemáticas o la poesía, como la capacidad para el salto alto, el levantamiento de pesas o el ajedrez. Tan extraño como la vida consciente en el Sistema Solar. Difícilmente habrá alguna vez tantos célibes como sacerdotes se necesitan. Los sacerdotes hechos célibes a la fuerza arruinan su relación con el Pueblo con manifestaciones inevitables de mal carácter, incompreensión de la vida sexual y matrimonial, y hasta con el fraude de ocultar o desviar la condición homosexual y algunas enfermedades sexuales o simplemente psicológicas. El celibato debe ser opcional entendiéndolo además como un don tan precioso como excepcional, y el ideal para el sacerdote cristiano debe ser el amor fiel, la familia, la vida en pareja ejemplar ante la comunidad, sea cual fuese su orientación sexual.

Hay que creer en el mejoramiento humano aunque uno nunca haya visto mejorar a nadie y sí estropearse cada vez más a sí mismo, y ser estropeado por los demás desde el principio y sin misericordia ni pausa. Y luchar por mejorarse y mejorar a los demás mientras el propio deterioro lo permita. No creer en el mejoramiento humano es aceptar totalmente el propio derrumbe, antes de tiempo.

Dice el Martí joven que cree en el mejoramiento humano, y los humanistas se quedan ahí, fascis-teando, sin darse cuenta que mejoramiento no es perfección, ni siquiera mejoramiento ilimitado. Porque sigue: y *en la vida futura*, que los totalitarios confunden con un futuro sobre la tierra, cuando está refiriéndose a la vida después de la muerte. Pero no se queda ahí, sino que agrega: y *en la utilidad de la virtud*. La certeza de que el mejoramiento humano culmina en la vida después de la muerte es lo que nos permite creer en la utilidad de la virtud, una fe más difícil que las dos anteriores. Esta trilogía de fe termina: y *en ti*. Es decir, toda esta fe está encarnada en una persona concreta, el hijo, que es signo de futuro pero no gratuito, sino de continuidad inspirada, educada, obstinada en la virtud.

El mejoramiento humano pertenece al Hijo; la vida futura solo nos la puede dar el Padre; y la fe en la utilidad de la virtud es uno de los dones del Espíritu.

En ti, Ismael: *Dios oyó*.

La mayoría de nuestros sufrimientos son artificiales, provocados por la soberbia. La humildad de aceptar, sobre todo de aceptar el sufrimiento, nos libra del sufrimiento y nos proporciona una inexplicable alegría.

Me he enfermado pretendiendo una prosa finísima para un libro que no me interesa mucho. Pero no es ese el error, sino haberme impuesto metas de tiempo y haber desesperado de lograrlas.

Decimos que si Cristo no ha resucitado nuestra fe es vana, pues sin su resurrección Él no sería sino un maestro de moral. Sí, pero no cualquier maestro. En primer lugar, se trata de un maestro en actos, coherente hasta la muerte. Y tampoco eso es todo ni mucho menos, aun siendo inmedible. El centro de la prédica de Jesús, el Mandamiento del Amor, no es cualquier mensaje. Nadie lo dijo antes y nadie lo ha superado después. Ni Sócrates, que divisó el Amor a través del mito, de la razón y de la experiencia, y que también se dejó matar, pudo llegar tan lejos. Si Cristo no ha resucitado —pero ha resucitado, verdaderamente ha resucitado—, yo me atengo al Mandamiento del Amor de Cristo, porque corresponde a mi naturaleza profunda y porque, como San Agustín, no encuentro una autoridad más alta.

La universalidad del Mandamiento del Amor es lo que faculta a los cristianos para convocar a los creyentes de todas las religiones a una misma fe en Dios viva y real. Pero esa convocatoria tendría que lavarles y besarles los pies a todos esos creyentes.

El Mandamiento del Amor es antropología pura.

Toda antropología científica debiera partir de la realidad de este mandamiento.

El Mandamiento del Amor tiene cuatro direcciones, como la Cruz: el amor a sí mismo, a los pies de Cristo; el Amor al prójimo, en la diestra de Cristo; el amor a todas las cosas del universo, en la izquierda de Cristo; y el amor a Dios, sobre la cabeza de Cristo. Las cuatro direcciones del Amor confluyen y concluyen agónicamente en el Quinto Punto, el Centro, el Corazón Sangrante de Dios.

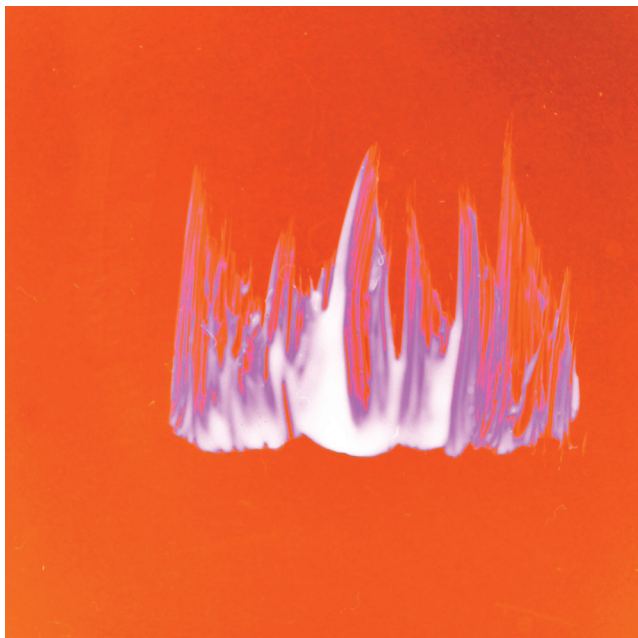
La confusión y la escisión entre el amor y el sexo son mortales para el amor, y degradantes para el placer sexual. Lo que pasa es que los confundidos y divididos, ni se enteran.

Consecuencias prácticas del ateísmo real: tristeza (vivir para morir: Heidegger), desesperación (gozar porque el mundo se va a acabar: Madonna), fanatismo (hacer algo *grande* antes de morir: fascismo: Heidegger), suicidio (evitar el dolor de morir por gusto y físicamente degradado: eutanasia: ¿Mishima?). La diferencia entre el ateísmo real y el imaginario es justamente esa: que el individuo es triste, está desesperado, es fanático y, o, se mata. La ausencia de estos elementos determina que el individuo no es ateo sino que cree serlo, pues en efecto nada nos impide creer, ni tampoco

creer que no creemos. Yo mismo estuve incluido en este despiste demasiado tiempo.

La vida es demasiado excelsa para que no exista Dios. La vida es demasiado miserable para que no exista Dios.

III



A los once años intenté producir hidrógeno haciendo reaccionar unos pedazos de zinc con ácido sulfúrico. Algún gas se liberó, para admiración de profesores y condiscípulos. Ya era monitor, es decir, profesor improvisado de Física, y explicaba la Teoría de los Vasos Comunicantes. Al mismo tiempo me ponían a hacer líneas por hablar en clase. Pero eran los años sesenta, la Ciencia nos iba a labrar un Futurama —había una tienda con ese nombre en Camagüey— en el año 2000. Mientras mis compañeritos jugaban a la guerra soviética de rojos y blancos, yo leía *La isla misteriosa* de Julio Verne, y los astronautas de la Apolo 8 volaban por primera vez hacia la Luna. Luego estudié Economía y fui monitor de las especialidades de econometría en la Universidad. Mi interés por las ciencias es raigal, y las sigo día tras día. Amo las matemáticas como Ciencia de las Estructuras del Ser, no como instrumento para manejar el mundo. Me fascina la Topología y la Teoría de Grafos. En mi juventud escribí *Hombre y tecnología en José Martí* y creo que valdría la pena que volviéramos a

ese humanismo para que le perdiéramos el pánico a una tecnología que se pretende con vida propia, al margen de nuestras expectativas más profundas. Ciencia y tecnología son para mí dones divinos que amo.

La principal superstición contemporánea es la fe en que la Ciencia es la Verdad. Lo que no es científico es falso. Lo más divertido es que no existe la Ciencia, sino solo las ciencias. Las ciencias son todas parciales. No hay ni puede haber una Ciencia General. Esa aspiración pertenece a la filosofía y la teología, que no son ciencias, al menos en el sentido en que lo son las otras, porque no poseen base experimental. La verdad científica se considera establecida mediante el experimento, pero en ese caso las matemáticas no son ciencias. En cuanto al experimento, su verdad reside en la calidad del experimento. que a su vez depende de la experiencia del experimento en cada momento histórico. En el macromundo los experimentos demuestran con precisión la física de Newton. En el mundo de las micropartículas, no. El totalitarismo de las ciencias conduce paradójicamente a una pérdida del sentido de las verdades generales, es decir, a la posibilidad de entender globalmente el Ser. Para el científico, el filósofo y el teólogo no hacen más que hablar. Para el filósofo y el teólogo, el científico no hace más que *insectear*, como decía Martí, por lo particular.

La fama actual de las ciencias tiene una causa evidente: garantizan la tecnología y (por lo tanto) el bienestar terrenal. Supuestamente, sin fin. El mito renacentista del paraíso terrenal conduce asimismo a la renuncia a entender globalmente el Ser, a preguntarnos por qué existimos y por qué existe lo que existe, preguntas prohibidas, consideradas falsas o ridículas en una época que quiere gozar y gozar (mediocrementemente), mientras se pueda y luego acudir a la eutanasia. Políticos, científicos, tecnólogos, economistas y gozadores tienen un solo problema: las tales preguntas no han desaparecido ni pueden desaparecer. La misma razón humana, en la que dicen fundarse las ciencias, volverá a plantearlas una y otra vez mientras exista el hombre. El hombre común, el filósofo y el teólogo intentarán responderlas siempre.

Para mí, sin embargo, la respuesta no la tienen ni la filosofía ni la teología, sino la Revelación. Que no pertenece a la teología, aunque sí a sus asuntos, sino al orden de la Realidad.

Es *un hecho* que ha habido *esta* revelación: morir en la cruz por amor. Lo asombroso es que *ya* ni siquiera hace falta el hecho. Sabemos ahora, hace dos mil años, que debemos morir por amor. Que eso es hermoso. Que es lo máximo. Que nos conviene. Podemos desatender esta recomendación, pero no eliminarla. Excepto al precio de eliminar

la cultura occidental en pleno. Esta cultura puede ser en efecto eliminada, más que por los musulmanes o los judíos, por los occidentales aburridos de fracasar en materia de cristianismo. Otra cosa es que Cristo quiera abandonarnos, pero eso precisamente es Materia de Fe. Por ahora tenemos fe en la materia.

Curiosas alianzas: el hombre común, el filósofo, el artista, el teólogo. En el otro bando: el político, el científico y el tecnólogo pervertidos, el comerciante. Los primeros son personas de la pregunta. Los otros, ya tienen la respuesta, que consiste en eliminar la pregunta y sustituirlas por la mitología del Presente.

La tralla existe. La tralla es sagrada. Hay una cantidad de tralla en el mundo que no puede ser abolida, ni con la eugenesia. Gente tralla, que está allí para que nos humillen la soberbia de ser mejores. Son indispensables. Hay que venerar la tralla.

Yo soy tralla también. Al menos por todo el bien que debiera hacer y no hago, soy tralla. La otra tralla me humilla porque sospecha que lo soy. La condición de hijo de Dios no la pueden sospechar.

Cuando el sacerdote no es santo, suele no ser más que un político hipócrita.

Sabemos muy positivamente que la soberbia existe, pero no hay un solo estudio sobre la soberbia en el hombre.

¿Por qué no hay un estudio de la soberbia en el hombre? ¿Será que el esfuerzo de la cultura no es otra cosa que soberbia? ¿O que estamos en una fase cultural inferior, que solo será trascendida cuando el tal estudio se ponga de moda? ¿A qué nivel de incivilización debemos desplomarnos antes de que tal iluminación ocurra?

Ninguna de nuestras debilidades es una desgracia. Es una posibilidad de humildad, de inteligencia y de comunicación. Basta pensar de esta manera para que la debilidad se convierta en fortaleza.

El extraño y decisivo fenómeno de la autoconciencia nos da una soberanía real e inevitable sobre todo lo que no es autoconsciente, es decir, sobre el universo. El hombre es Rey del universo. Pero al mismo tiempo está sometido a las leyes del universo. Es siervo de ellas, aunque no quiera. Y *no quiere*. Porque la autoconciencia se reconoce como *mejor* que el universo. Lo que es una buena evaluación. Y necesariamente tiene que sospechar que tiene *otro destino* que el de obedecer al universo, que le es claramente inferior y que parcialmente le obedece, pero que le limita y le enferma y terminará por *darle muerte*. Lo difícil para algu-

nos es darse cuenta de que esta autoconciencia tiene unos límites en su autonomía. No se ha creado a sí misma, y no puede mantenerse a sí misma por encima de las leyes del universo. Si se reconoce como hija, descubre a la Conciencia del Creador. Si se reconoce como potencialmente infinita (y la conciencia no puede concebirse como finita, *aun siendo finita*), descubre la Trascendencia.

El Big Bang supongo que es una teoría superable, como toda teoría. Pero ha dejado una sospecha: que la materia pudiera no ser *causa sua*, que la inmanencia de la materia pudiera no ser más que una opinión de la ciencia decimonónica. Lo decisivo es que esa sospecha ya no podrá ser cerrada jamás, puesto que fue abierta por los datos de la ciencia. Cualquier evolución ulterior de la ciencia puede volver a poner sobre la mesa los datos de una materia que no logra sostenerse a sí misma en el tiempo. Menos aún, fuera del tiempo. La cosmogonía del Big Bang no demuestra la existencia de un Creador, pero arruina para siempre la posibilidad de *creer* en la inmanencia de la materia.

¡Tengamos fe en la materia! ¡La cola del pavoreal!

¿Cómo es que hay, por todas partes, Belleza?
¿Para qué?

La decisión de amar es mía: la oportunidad de ser amado depende de Dios. Debo preocuparme por lo que puedo decidir, no por lo que no me puedo agenciar con mis actos.

El que ama es fuerte; el que es amado, a menudo es débil, y (o, porque) su debilidad suscita la compasión y el amor del fuerte. También es cierto que la fuerza personal para el amor solo es máxima si uno se siente amado, por otra persona o por Dios, de manera intensa y exclusiva.

El principal signo del amor que Dios nos tiene es el don mismo de existir, y de existir para la vida eterna amorosa con Él. Hemos sido creados para su Amor. Solo los santos viven este misterio de alegría con toda claridad, y de ahí el asombroso carácter que despliegan ante cualquier circunstancia de la vida, sus hazañas inexplicables y el sano interés que demuestran por morir, erótica del acabar de romper la tela que los separa del Amor.

Yo soy un animal ritual, pero hay que ponerle un límite a los ritos, los templos y aun a las Iglesias como forma de la relación con Dios. Es necesaria la total soledad con Dios en la conciencia y los actos. Las Iglesias, los templos y los ritos son mediaciones, necesarias por nuestra debilidad. Aferrarse a ellas es claudicar frente a esa debilidad. De cuando en cuando es conveniente renunciar a

esas mediaciones, hacer no el rito del retiro sino el retiro de los ritos. Nuestra debilidad reclama mediaciones, y también la renuncia a ellas.

Ser mendigo de la miseria humana conduce a más mendicidad. Ser mendigo del amor de Dios conduce a la opulencia, puesto que una sola migaja que cae del infinito es inmarcesible —es ya el infinito.

Nadie es inocente, pero cuidado: los mayores culpables nos quieren hacer creer que la culpa es igual, además de universal.

Hay cristianos que creen que todos los pecados son mortales. Al que dice una mentirilla piadosa, lo igualan al asesino, al violador, al dictador. Los que esto creen, piensan que pueden vivir sin pecado, es decir, que ya son Cristo, y esto sí que es pecado mortal. O se sienten muertos y condenados todos los días. Pero el pecado venial existe y desaparece. La vida es una muerte continua y una posibilidad continua de resurrección.

Hay Ley, hay *Ordo Amoris*, hay Vida Eterna, el recién nacido sonrío, hay Buen Humor.

El buen humor sostiene y prolonga la vida. El mal humor la agrede y la acaba. El mundo y el hombre están correctamente diseñados.

IV





a dignidad es el derecho de todo ser humano a ser amado. A ser amado como es, sin condiciones. El amor comienza por el respeto. Y por lo tanto la Causa del Amor en el mundo tiene que comenzar por la dignidad. El culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre y la mujer —la dignidad plena, no simplemente la dignidad— significaría el comienzo de la Causa del Amor en nuestro pueblo. Quizás en el mundo, porque no conozco ninguna otra declaración programática de este tipo en ninguna nación.

Para descubrir al justo, atiéndase no a lo que hace, sino a lo que *no* hace: a lo que renuncia para mantener su integridad. Todo el que busca méritos visibles ignora esta dimensión, y es por lo tanto un farsante. Pocas personas son capaces de ver el no hacer del justo. Pocas personas son capaces de ver al justo. Pocas personas son capaces de ver. Unas son ciegas y otras viven una rebelión invencible contra la justicia.

La función de los mejores no es gobernar, sino hacer gobernable el mundo, con la multiplicada fuerza del ejemplo.

No puede haber un gobierno virtuoso con ciudadanos pervertidos. La única garantía de un buen gobierno es la buena conducta generalizada de los ciudadanos. Esa meta es posible, o en todo caso hay que luchar siempre por ella.

No busquemos nunca el amor perfecto, sino la perfección de amar. La perfección de amar comienza por la aceptación del carácter imperfecto de las personas amadas, y del amante mismo: incluso, la perfección de amar es en el hombre, siempre, un acto de imperfección. La perfección de amar imperfectamente, erróneamente, incluso turbulentamente, pero siempre con lo mejor del alma. Solo el Amor que es Dios es perfecto. Y sin esta perspectiva de perfección no vale la pena vivir.

La aspiración inútil a no pecar no es sino amor a sí mismo. Para amar a Dios y al prójimo, hay que pecar de alguna manera, aunque solo sea porque otros pecan. Todo el que aspira a no pecar no es sino sepulcro blanqueado. La santidad no consiste en no pecar sino en amar hasta el sacrificio de sí mismo.

Hay gente que cree que puede amarse a sí mismo sin amar al prójimo. Lo que aman es su propia miseria, desde luego.

No me interesa tanto tener un pensamiento propio como acercarme a alguna verdad. Lo que pasa es que el acercarse a alguna verdad, o al menos el intento, puede generar un pensamiento propio. De hecho, lo genera de alguna forma, porque la realidad es demasiado vasta y el individuo es demasiado distinto dentro de la igualdad de la especie y de la semejanza con Dios, como para no encontrar un matiz, un ángulo, incluso un escándalo inédito, imprevisto, imprevisible de la verdad. Tal vez la función de cada conciencia en el universo es ver y denunciar ese escándalo: porque como dijo el iluminado poeta: *quién vio jamás las cosas que yo amo*. Y el imponer a una persona un pensamiento que le es ajeno significa necesariamente un alejamiento de la verdad, en primer término para el que intenta imponerlo.

Una sociedad amorosa no es aquella en la que un amor definitivo ha sido impuesto, sino en la que cada ciudadano es libre de amar o no amar, según su criterio del amor, en el estricto respeto a la libertad del otro. Pero esa libertad de amar tiene que venir de la intención de amar, más allá de la necesidad de libertad.

Llega el aguatero y, como me oye quejarme, me dice: si no tuvieras estas dificultades, no sería la vida. Amén.

El obsesionado con no pecar está intentando salvarse a sí mismo, y solo eso le interesa: es un egoísta. Pero nadie puede salvarse a sí mismo y menos a través del egoísmo. Lo que disminuye el pecado no es el afán de no pecar sino la práctica del amor, y el pecado que se cometa en ella será perdonado por el Amor.

No quiero salvarme yo. Quiero salvarme con todos los míos. Quiero que nos salvemos todos.

Judíos y musulmanes creen que Dios, además de Todopoderoso, es misericordioso. Pero esa noción, misericordioso, no lo define como Amor. Aunque el término islámico de Clemente (Al Rahman) antes de Misericordioso (Al Rahim) apunta ya a una esencia amorosa de Dios. Pero no es lo mismo tener misericordia que ser el Amor, es decir, tener la misericordia como el ser propio y absoluto. Nosotros tenemos misericordia, pero ciertamente no somos el amor ni con minúscula. La Revelación cristiana consiste en que Dios nos ha probado que su Poder es Amor, al hacer Él mismo el máximo acto de amor de sufrir y morir por nosotros. No solo morir cruelmente, sino ante todo sufrir con y como nosotros. Con eso prueba también, paradó-

jicamente, su omnipotencia. Un Dios que muere es un absurdo, pero solo para nuestra lógica sin amor, no para la lógica del Amor ni para el Amor que hace todas las lógicas.

Me prefiero maestro antes que escritor. Nadie puede estar seguro de la futura utilidad de su obra, a menos que se trate de un narcisista ridículo. Pero lo que un maestro pone de bueno en el alma de un muchacho, está escrito en los cielos. No puede ser borrado. Es un acto perfecto, suficiente, absoluto. Un resultado que no puede ser destruido. Un prodigio de satisfacción, y un recurso de salvación.

Obedecer a la vocación es obedecerse, equivale al ejercicio de ser lo que uno es en Dios.

La muerte es una forma de la justicia. Inferior a la concepción en el seno materno, al nacimiento, al descubrimiento y la práctica del amor, pero necesaria para la justicia perfecta de la contemplación de Dios en la vida eterna.

El cristiano no debe luchar por un reino de Dios sobre la tierra. Eso es blasfemia, y no ocurrirá, ni puede ocurrir, jamás. El Reino de Dios es prerrogativa absoluta de Dios. El deber del cristiano es luchar no por un reino de Dios sino por una república de las personas, que se parezca lo más posible a nuestra idea del Reino, que esté orientada

hacia sus valores, que esté profundamente vinculada a él por la práctica del amor al prójimo y por la vida de la obediencia y la oración.

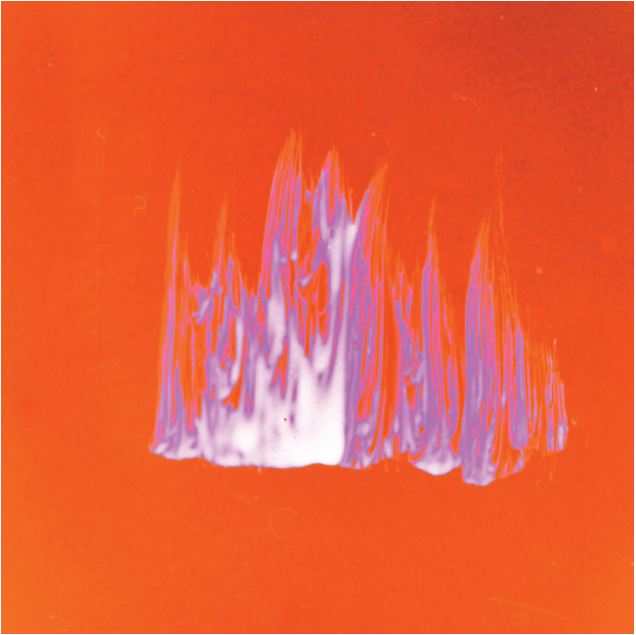
Esto puede pensarse: *después* que el Padre engendra al Hijo, *tiene* que engendrar el universo. Pues habiendo engendrado Su Igual, que es él mismo, por amor, solo puede engendrar lo que no es su igual, también por amor. Y porque engendra el universo por amor —o los universos, si se quiere— tiene que atraer hacia sí a ese distinto. Librarlo de su soledad, atraerlo, *salvarlo*. Dios crea su otredad y la atrae hacia su mismidad, porque su mismidad es una otredad íntima.

Nadie me debe nada. Yo le debo el ser, que es la potencia de la gloria, al Ser. Y soy deudor de todos, porque mi ser no puede existir sino como un ser repartido por el Ser.

Tomás el Apóstol: el verdadero Incrédulo no es aquel que no cree porque no ha visto, sino aquel que, aun viendo, se niega a creer.

Para creyentes de otras religiones, la idea de que Dios pueda nacer aquí es un absurdo mayúsculo. Dios es increado, y ni hablar de nacer en la cuna creada por Él mismo. ¿Para qué, cómo? Pero, ¿está completa la Creación si en ella no surge el Espíritu? Ha surgido, evidentemente, una variante mo-

desta, pero innegable, del Espíritu: el ser humano. ¿Para qué? No sabemos, pero debe ser *para algo*. El surgimiento de la Conciencia en el universo es un acontecimiento descomunal, que es imposible que sea inútil. La omnipotencia de Dios pudiera crear un universo en el que no surjan seres inteligentes, pero no es lo que ha hecho en este universo. Aquí ha surgido el Espíritu, no sabemos cómo ni para qué. Pero parece muy incompleto, si nos atenemos a lo mediocres que somos estos seres, en lo individual y en lo colectivo, precisamente desde el punto de vista del Espíritu (y desde el punto de vista material también: cojos, ciegos, enfermos de nacimiento, la lista que tanto disgustaba al loco de Nietzsche, que acabó defendiendo a un caballo abusado en la calle). En la Creación ha surgido el Espíritu y está muy incompleto. El Espíritu nace como Hijo del Hombre, lo que establece la legalidad de la existencia humana en dirección al Espíritu. El nacimiento del Hijo de Dios completa necesariamente la Creación, llamándonos colectivamente al Espíritu, y dejándonos, después de su muerte y resurrección, el Espíritu que nos complete. (*Sábado Santo, MMXI*).



En poesía uno no decide, obedece. El poeta, el artista, no tiene un voto sino una función de obediencia. Una función de obediencia es más irresistible que un voto, y esta especialidad irrita al religioso, que suele no comprender no ya al artista o al poeta, sino al Amor que estas obediencias, y sus formas y profundidades, ha previsto y decide.

La idea de que el artificio es artificial, es decir, falso, es falsa. El universo es un artificio cuya llave desconocemos, y del cual nuestras creaciones son artificios secundarios aunque muy especiales, tal vez cimeros. El lenguaje literario es un artificio válido, más cerca de la verdad que la conversación, en la que van todas nuestras falsedades más patentes. Necesitamos artificios verdaderos puesto que nuestra existencia es irremediabilmente falsa. Una de sus falsedades es la evidencia de sinsentido, insignificancia o monotonía. El artificio artístico exhibe por el contrario un propósito, una dignidad y un *recreo*.

La creación artística revela la posibilidad de sentido de la existencia aparentemente sin sentido, y su enorme riqueza feliz. La variedad de ritmos es precisamente un emblema de esa opulencia. Y en el lenguaje artificial literario, el ritmo es mucho más rico que en la conversación y su sentido lúdico se incrementa. Un soneto, por ejemplo, es un juego sometido a ritmo no solo del verso, sino de las estrofas. Son dos dos que siendo cuatro y tres se acortan en la brevedad de un uno, del uno de la expresión. Un juego numerológico en que la *tetractys*, uno, dos, tres, cuatro, se invierte de regreso al uno. Por eso el último verso de un soneto suele ser rotundo. Y por lo general, también el primero. Es decir, hay ritmo del verso y ritmo de la estructura, y también de las imágenes, los sonidos, etc. Algunos de esos ritmos forman un inventario lúdico que puede y debe usarse en perpetua renovación, puesto que su eficacia es absoluta (es el caso del soneto). Otros se crean por el poeta en cada poema en cuestión, sin desdoro de que se incorporen luego al inventario universal.

Admiro la pobreza voluntaria, y la practico, pero no me molesta que haya personas ricas, incluso muy ricas. Su existencia contribuye al desarrollo de la arquitectura, la decoración de interiores, el diseño de modas y la alta cocina. La gente rica puede ser un factor de civilización y de cultura. Y siempre habrá gente que sueñe con la riqueza,

entre otras cosas porque no tiene nada más con lo que soñar. No todos pueden escribir libros, recluirse en un monasterio, hacer descubrimientos científicos, inventar aparatos o ganar la carrera de maratón —resultados que enriquecen al mundo—. Lo que me molesta es que haya pobreza involuntaria e injusta, por la indiferencia o la maldad de los ricos, y de los pobres. En cuanto a la miseria que proviene de la mala actitud ante el trabajo, puede y debe ser paliada por la caridad, pero no tiene remedio. Nunca podrá garantizarse que todas las personas tengan una actitud positiva ante el trabajo, aunque el primer factor de civilización es educar a todos en ese culto.

Aquel que odia al rico probablemente lo envidia y no es otra cosa que un farsante. El odio no se justifica, además, por ninguna causa. Los dirigentes comunistas han odiado a los ricos con la hipocresía de defender a los pobres, y se han hecho ricos en cuanto han tomado el poder, con una riqueza mucho más cerrada, egoísta y violenta que la de los capitalistas, y habiendo llenado de odio al pueblo.

La brevedad y la exigüidad de la vida, frente a la magnanimidad aparentemente inútil del cielo estrellado, oh Kant, siempre me hace pensar en un chiste. La forma justa de la magnanimidad que nos toca es la pequeñez, la brevedad, el hambre. Demasiado poco en demasiado. Tiene que haber más.

Hay una confianza magnánima de que podemos entender esta confianza, la de entender bien y rápido que hay más, mucho más, contra la evidencia de que todo es poco, nada.

El intento fallido de cierta lingüística contemporánea de descubrir una gramática universal para todas las lenguas, denota por un lado la permanente tendencia de nuestra época al pensamiento totalitario, que no es una construcción exclusiva de Hitler o Stalin, y que asoma incluso en las matemáticas (la doctrina de un sistema matemático igualmente universal, cuya inconsistencia fue demostrada a tiempo por Gödel); y por otro lado ofrece una posibilidad de humildad, de realidad y de grandeza a los escritores y a los filósofos, que tienden a ver su palabra como la Palabra. Cristo no escribió nada y habló en una lengua secundaria: con la imposibilidad de una gramática universal, la sintaxis y el léxico de sus discursos seguirá por siempre en el misterio o por lo menos la duda. Pero el cristianismo, qué casualidad, es una religión de actos, no de conceptos. El acto del escritor o del filósofo con la palabra nunca será universal, nunca podrá aspirar a un absoluto. Al filósofo esto le duele, pero más doloroso aún es para el poeta, empeñado en convertir su particularidad expresiva en una perfección no solo imposible, sino inútil. Pero el acto que es la búsqueda de esa perfección, vale.

El primer ilustrado es el maestro.

Yo estoy en el tiempo para rendir cuentas en el tiempo, y no para que el tiempo me rinda. El tiempo es bruto, absurdo, inútil, a menos que se rinda cuentas. Los que tenemos una tarea en el tiempo estamos por encima del tiempo, que ya es mucho. No por eso nos ganamos así la eternidad, pero decimos *no* a la nulidad del tiempo, que ya es algo. Mucho. Aunque nunca bastante.

La caridad no se hace a quien uno quiere, sino a quien uno *debe*. Seleccionar una actividad caritativa no es sino una actividad recreativa o autojustificativa en nombre de la caridad. Es hacer una falsa caridad para no hacer la caridad auténtica. Las iglesias están llenas de esta traición. Los políticos la manejan con destreza. Tal vez pueda surgir algún partido político que la identifique, la combata y la evite.

Uno debe tener confianza en sí mismo no porque haya hecho esto o aquello que merezca un respeto o una alabanza. Uno debe detener confianza en sí mismo porque lleva en sí el sello de la confianza del Creador, que nos ha creado y nos permite existir. Uno debe tener plena confianza en sí mismo porque sí.

Un dictador es un tipo que prefiere entregarle el poder a la muerte, y no a sus conciudadanos. No

es de extrañar, porque su poder es de muerte, y de la muerte ha obtenido su poder.

Comenzando el tercer milenio cristiano asistimos al fin de las dictaduras en el mundo. Avanzamos planetariamente hacia la República de la Libertad, con la dificultad de que sobrevivirá sólo si es capaz de limitarse a sí misma para convertirse en República del Hombre global, con todas sus irreducibles diferencias y también con la verdad única que mi compatriota Guy Pérez Cisneros propuso en la Carta de los Derechos: *todos los hombres somos hermanos*. La República del Hombre no es tampoco el fin. El hombre no es una autotelia, y de ahí las religiones, las diferenciaciones, los conflictos de destino, de propósito, de alcance. Pero un mínimo de fraternidad universal, desde la libertad y la igualdad, habrá completado el tricolor francés y cubano para abocarnos a la solución del problema histórico: la República del Amor. Ni siquiera la República Universal del Amor es el Reino del Amor Universal, que es patrimonio de Dios. Pero gritará por él, clamará por él, para que desaparezcan para siempre el pecado y la muerte, las dos interminables dictaduras.

Si la vida es sueño, el trabajo de la vida es una pesadilla. Pero el juego del trabajo, y el trabajo del juego, son ejercicios imprescindibles para aprender a despertar.

San Agustín veía la eternidad como un descanso eterno. Sí, de los trabajos de la vida. Pero no significa que la eternidad sea el fin de toda actividad. La actividad de la eternidad la conocemos ya: es el Juego. El juego es una prueba de la posibilidad y la naturaleza de la eternidad, puesto que es una actividad interminable por inútil y porque nos hace felices. El juego empata la actividad terrena con la celeste. El juego de Dios, con Dios, empieza aquí.

Todos somos ansiosos. Todos esperamos algo. Sobre todo, a partir de determinado momento de la infancia o la adolescencia, esperamos la muerte. Y esperar la muerte es esperar la nada. O esperar a Dios. Pero esperar la nada no es tan fácil, tan estoico o despreocupado como pueda parecer para los felizmente ateos (o que creen serlo). Algunas personas hemos mirado esa nada cuando nos acostamos a dormir. El sueño como imagen de la muerte, como ingreso del ser en la nada. A mí me ocurría en mi juventud. Creer en Dios cura ese uso maligno de una posibilidad que es real, y para ciertas personas especialmente lúcidas y sensibles, y ansiosas, inevitable. Pero si uno no tiene fe o se niega a tenerla, que era mi caso, entonces uno mira la nada, y constata que un día uno ya no será el ser, sino la nada. Eso es espantoso e inexplicable. También es falso, pero mientras usted no tenga fe, será verdadero. Y entonces el miedo no se puede evitar. Y mientras más lúcida y sensible sea la per-

sona, será mayor. A mí me causaba el horror de lo inexplicable. Pues el ser que se convierte en nada parece un disparate, una injusticia inconcebible. Y lo es. Descalifica la existencia misma del universo. ¿Cómo es que el ser que sabe que es, se hace nada? ¿Para qué existe *algo*, si *un algo* que sabe que es está condenado a desaparecer en el no ser sin explicación ni escape? Lo que pasa es que es falso. El ser que sabe que es, pero que no se ha creado a sí mismo ni sabe para qué fue creado, retorna al Ser que lo sabe todo y que lo creó, no para seguir siendo el mismo ser sino para ser más ser siendo el mismo ser en el Ser.


Padecemos hoy ese desespero de las mujeres por tener una igualdad con los hombres como hombres, buscando una realización en conocimientos, rangos, dinero, poder, etc. La mujer debe ser siempre jurídicamente igual al hombre. Cualquier desequilibrio debe existir en su favor, puesto que poseen el difícil privilegio de la maternidad. La diferencia de sexos o de inclinación sexual no tiene que ver con la igualdad sino con eso, la diferencia como diversidad, complementariedad y riqueza, no como competencia o uniformidad. El mito de la igualdad ontológica contemporáneo —desatado por la igualdad jurídica, que es un bien irrenunciable—, equivale a la creencia en los duendes o la serpiente del lago en la Edad Media. Yo no puedo ser igual a Martí. No me preocupa eso. No hace

falta. No me hace falta. La felicidad no está en la igualdad con lo diferente, aunque esa diferencia se presente como algo mejor, sino con la acción del sí mismo, que es lo mejor. La igualdad mal entendida conduce al odio, a la envidia, a las demandas ridículas, a las actividades frenéticas e imposibles, y al matrimonio llamado igualitario, un tipo de unión válida excepto si se pretende que niños desamparados tengan dos padres o dos madres, después del desamparo de no tener los propios; y ni hablar de fabricar hijos, para quitarles el padre o la madre biológicos. Es asombroso que personas nobles que luchan por este tipo negativo de igualdad no se den cuenta que están creando niños desiguales a los otros, que habrán de sufrir una desigualdad social y espiritual que puede llegar a ser, más que incómoda, devastadora. En cuanto al trabajo de la mujer: yo conocí a dos trabajadoras exitosas que me dijeron, una: prefiero hacerles dulces a mis hijos; la otra: prefiero decorar la casa. La imposible igualdad de los sexos ha hecho al mundo no más diverso, sino más igualmente masculino, en lo peor del género. El mundo es hoy duro, cruel, grosero, violento, desprovisto de gracia y de delicadeza, hostil a la belleza, inhabitable para los hombres, vacíos de carácter por impotencia ante el triunfo total de la peor masculinidad; y ni hablar para las mujeres. Mis tías Argelia y Blanca terminaron por no ver más televisión. Uno merece la plenitud de su ser, no la igualdad con lo que

no es, que hace imposible no ya esa plenitud sino simplemente el ser. Nunca seré igual a Dios. Yo soy semejante, pero, gracias a Dios, nunca igual a Dios. No tengo ganas de extraviar mi ser manejando supernovas.

VI





La pasión de *tener* es casi siempre más que la pasión de tener eso, aquello y lo otro. Es la pasión de *tener más* que el otro, o por lo menos más que algunos, pues la pretensión de tener más que todos es ilusoria —aunque mucha gente lo cree—, porque el hecho de que el emperador tenga más que sus súbditos individualmente, no le permite tener más que todos en conjunto. Estos fanáticos del tener nunca disfrutan realmente de algo, siempre necesitan más, por la necesidad de la competencia y porque la propiedad en sí y hasta la suma de las propiedades les resulta indiferente.

Se puede esperar todo de Dios. Se debe esperar todo, y mucho más bien inimaginable, de Dios. Por lo tanto, no se puede ni se debe esperar *todo* de *alguien*. Ni siquiera de la persona amada, la madre o el padre, o el cónyuge. Se puede y se debe esperar mucho de algunos. Se puede y se debe esperar algo de otros. De la mayoría no se debe esperar nada, pero sí se debe agradecer el algo que alguien de esa mayoría nos conceda, aunque sea por in-

terés o por equivocación. Y especialmente si es mucho, o por inesperado amor. Se puede y se debe esperar. Es imposible no esperar. Somos criaturas de la espera. Somos criaturas para la espera. Carecemos. Carecemos de todo, incluso de todo lo que realmente tenemos, que es muchísimo. Carecemos de Dios.

Tenga. Mire lo que *realmente tiene*, y tenga. Tenga, ante todo y para todo, su propio inconcebible *ser*.

No me considero por encima de nada ni de nadie. No soy superior a una piedra, una planta, un animal carnívoro: ellos son inocentes, yo no. Tampoco veo por qué deba considerarme por debajo de un dictador, un millonario, un terrorista. Quisiera estar a la altura de mí mismo, pero para eso tendría que ganarme la santidad. Intento estar, pues, no demasiado por debajo de mí, y ya eso me cuesta la vida.

El hombre moral comienza por conocer y reconocer sus propias limitaciones morales. Pero el hombre moral es escaso. Y padeciendo su singularidad, su aislamiento en medio de una multitud de personas con menos exigencias para vivir, y luchando contra sus propias limitaciones o admitiéndolas con desesperación, debe además soportar que esas personas que no reconocen sus

propias limitaciones y que además las consideran como absolutos, puesto que son las de la inmensa mayoría, le atribuyan unas limitaciones que no son las propias, sino las de ellos. Esa mayoría ni siquiera imagina que para el hombre moral ciertas exigencias de buena conducta resultan tan naturales como comer o dormir. Como esas exigencias no son suyas, las consideran como extravagancias más o menos perdonables, sobre todo cuando se dirigen potencialmente a sus enemigos; y como verdaderos abusos, cuando se ponen en acto y les perjudican.

Los egoístas creen conocer al ser humano, como un ser egoísta. En eso no se equivocan. Lo que pasan es que creen que todos son *sólo* egoístas, sin una sola gota de verdadero desinterés, y en la forma en que son egoístas *ellos*. Eso no coincide con una multitud de datos de la realidad, incluyendo el simplísimo del tipo que se mete en una casa incendiada a sacar un niño que ni siquiera conoce, y lo salva y lo paga con la vida. Ningún egoísta conoce al ser humano, ni a nadie, ni siquiera a sí mismo. El egoísmo no los deja verse y mucho menos ver a los demás, sobre todo si el otro no es egoísta. No se cansan de cuestionar el altruismo y a los que lo practican o por lo menos lo predicán. Siempre buscan defectos o motivaciones bajas para lo que no es otra cosa que la alegría de la entrega, que desconocen, o el imperativo del sacrificio, que ni

siquiera sospechan. Para estas personas dar algo sin esperar nada, por no hablar de *darse*, es horrible, incomprensible, muy dudoso. Los infelices, que es otro modo de decir egoístas, como escribió el Homagno.

Los intelectuales de la dictadura pretenden que se les respete su opción. Como si la opción por la esclavitud fuera personal, neutral, indiferente, algo así como escoger entre Miguel Ángel o El Greco. Tu opción por tu esclavitud es tu opción por *mi* esclavitud. Y puedo tenerte mucha lástima, pero no puedo tolerar esa infamia. Me es incómoda, no me conviene. El que opta por la esclavitud es un esclavo que a la vergüenza de serlo suma la maldad de ser esclavizador. Los esclavizadores existen porque existen esclavos esclavizadores. Los esclavos esclavizadores suelen amar la esclavitud, lo que el esclavizador no ama nunca. Es verdad que muchos esclavizadores, especialmente los comunistas, terminan siendo más esclavos que el último de los suyos. Pero son esclavos de sí mismos, y de todos, pero nunca *de alguien*; y no aman esa esclavitud, ni ninguna otra. Esclavizaron al resto para ejercer su libertad más absoluta: se equivocaron. En cambio, no hay nadie más libre que un intelectual. El intelectual habla naturalmente el lenguaje de la libertad. Por eso secuestran el término de *opción* —maniobra para imbéciles—. Porque la opción por la esclavitud ni siquiera es opción:

la opción es un acto de libertad. En rigor debieran pedir que se les respete *la sumisión* al poder esclavizador. No. Porque tu sumisión te esclaviza. Porque tu sumisión me esclaviza. Y además, aunque vivieras en las antípodas, me da asco.

Ningún mal es inevitable. El Bien sí es inexorable.

No tengo que demostrarle nada a nadie, puesto que ya Dios me ha demostrado su Amor. Soy.

Previsible, inevitable y óptimo que haya no creyentes con amor. Combaten y equilibran a los falsos creyentes. Auxilian las debilidades y contradicciones, las fallas y los disparates de los creyentes. Liberan a los creyentes del peligro mayor: creerse más amorosos que el resto, y más eficaces en el amor. No es cierto, y es soberbia. Algunos son *no* creyentes *por* amor. Todo previsible, óptimo.

En cibernética se definen los sistemas estables y los ultraestables. El hombre es un sistema. Hay personas estables y ultraestables. Nunca una calificación moral de ningún tipo. Como hay gente bajita o alta, da igual. Los estables, estar conforme con la vida sobre la tierra sin trascendencia, está bien. Significa que la vida sobre la tierra tiene una legalidad que se basta a sí misma. No es para menos, la hizo el Creador. Es más, hay que seguir

luchando por el esplendor de la vida humana sobre la tierra. Es uno de los destinos del hombre según el Creador: cultivar el Jardín. Cuando hablo de esplendor no tengo en mente entretenerse con un palo y una bola en un ondulado césped en Mar-a-lago, edificio ostentoso y picúo al que Wright le hubiera dado candela incluso pagando por la satisfacción. Hablo del Jardín y su imposible, del esplendor de la Epopeya y de la Tragedia sobre la tierra. Pero siempre ha habido y habrá personas ultraestables, para las que la vida limitada a la aventura terrenal se le antoja un aperitivo sin chef. Como decía el padre Castor Álvarez, dando misa en la arena, de espaldas al mar resplandeciente de la playa de Santa Lucía en Camagüey: la Vida es de ahí para más.

¡Más! Santa Lucía, dile que me deje *ver*.

La vida ultraestable es la clave de la vida estable. Pero la práctica de esa fe puede convertirse en costumbre muerta, incluso en burocracia.

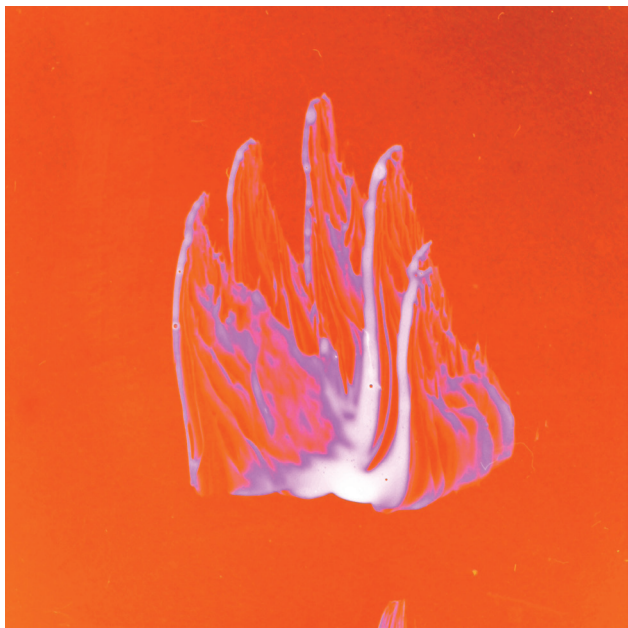
La vida humana jamás es estable. El embrión se convierte en feto, el feto en bebé, el bebé en niño, el niño en púber, el púber en adolescente, el adolescente en joven, el joven en... y siempre está amenazada por el accidente, la desgracia, la enfermedad y la muerte. La inestabilidad de la vida humana está diseñada para que pensemos en la

unidad y estabilidad definitiva del ser individual. Puede inferirse, pero no demostrarse. Es un asunto de filosofía, y de fe. Es también un asunto de *amor a la vida*.

¿Puede desaparecer en la nada esta maravilla, este Colmo de Amor?

La fe es posible porque hay fe. La fe es imprescindible porque no se puede tener fe. El recién nacido sonríe, confía: la vida es un estado de fe. Pero no se alcanza a tener fe en lo bueno que no hemos visto y que consideramos más que improbable, imposible. La fe es una lealtad a la vida. La fe es para cuando no se puede tener fe. Me inclino frente a los judíos que cantaban *Escucha, Israel: hay un solo Dios que es tu Dios*, mientras caminaban hacia la cámara de gas.

VII



La propiedad social sobre los medios de producción no puede existir porque nadie está interesado en ir a la empresa a producir por producir, ni a producir *bien*, ni siquiera a producir *para los demás*. La gente quiere vivir, no producir. Y menos, dirigir la producción y la distribución. Eso es lo normal, lo propio del ser humano, que va más allá del *homo economicus*. Marx nunca trabajó en una empresa. Engels sí pero no como obrero. Además, aquello era una producción muy elemental, se podía soñar que unos obreros cultos iban a reparar la máquina de vapor... Pero imagínense la reunión en la que la señora que limpia debe votar acerca de si instalamos Windows o Linux, si usamos yenes o bitcoins. Y puede que sea una santa, pero ni sabe ni, gracias a Dios, le interesa saber ni menos aún gobernar esas boberías. Uliánov afirmó que la cocinera regiría el estado; pero por Clara Zetkin nos enteramos de que él mismo no sabía hervir la leche... Gorbachov hizo algunos experimentos que no duraron ni un año.

Desde el XIX, Cuba tiene su propia idea de la democracia. Distinta y opuesta a la yanqui, incluso a la europea. Y con Martí, abierta al futuro. Pero el siglo XX fue un apagón de la idea de la democracia en Cuba. Sigue predominando la idea autoritaria basada en el líder, en la superioridad de un grupo de personas sobre el resto. Esa brutalidad es universal, pero en nuestro caso es un retorno al siglo XVIII, al Despotismo Ilustrado. Solo un despertar heroico de la confianza de los cubanos en su propio actuar puede combatir ese atavismo. Estamos, paradójicamente, en un buen momento, a pesar de que el autoritarismo inunda hoy el mundo en variopintas locuras de izquierda y de derecha. Porque aquí el culto del Máximo Líder y de la Raza Superior ha terminado en sainete, y los descamisados que iban a ser ilustrados y salvados, en la calle y en la cárcel.

No puede haber democracia sin demócratas. No puede haber demócratas con la perspectiva del egoísmo como única razón de ser, incluso si es el egoísmo de la libertad individual, de grupo o nacional. El egoísmo como razón de ser no es una fatalidad. No es natural, porque el hombre es un ser social. El egoísmo es inculturado mediante una educación en el egoísmo. La democracia solo puede existir con una educación en la responsabilidad y la solidaridad. La libertad tiene que estar equilibrada por la igualdad y la fraternidad. Esos son los tres colores de la Enseña Nacional. La ne-

cesidad de la educación para la democracia está en el discurso del joven Ignacio Agramonte en la Universidad de La Habana. Pero en la época de las tabernas-redes y de los aparatos sapientísimos, ¿alguien puede creer en algún otro magisterio?

La emersoniana *confianza en sí mismo* le garantizaba a Martí actuar como cristiano sin tener que confiar en ninguna iglesia. Pero para tener una confianza de ese tamaño, y que no sea un fraude del ego, hay que tener una predestinación, y una consecuente práctica de la renuncia a sí mismo, hasta el sacrificio constante y heroico.

Decía Martí que no se debe *soldadear* de un solo lado de la batalla. Obsérvese que crea un neologismo y nos habla de una batalla al parecer inexorable. Un comunista me dijo: *él* soldadeó por Cuba. Ah, sí, porque hay batallas que no pueden ser evitadas, pero también soldadeó, y explícita y personalmente, por el honor de España y de los Estados Unidos. Ni siquiera Varela, español de corazón y de acción, fue más español que Martí. Ningún cubano ha sido más estadounidense que Martí, ni siquiera Varela, y ningún cubano ha tenido a un Horacio Rubens a su servicio. A España le hubiera ido mucho mejor si hubiera pactado la independencia con Martí. Los Estados Unidos se hubieran erigido en un verdadero defensor de la libertad en el mundo si hubiera apoyado la independencia cu-

bana al menos desde el principio de la lucha, con el *Manifiesto de Montecristi* en la mano. El mundo hubiera entrado en fase de equilibrio y ni el fascismo ni el comunismo hubieran existido. Yo diría que a todo lo que soldadee de un solo lado, sea el lado que sea, le va a ir mal. Justamente eso es lo que ocurre hoy en día en el plano de las creencias populares e incluso del pensamiento medianamente elaborado. La gente soldadea. Los intelectuales soldadean. Después de más de un siglo de críticas contra los perjuicios de la ideología, todo se resuelve con decir: eso es lo que hacen los izquierdistas, eso es lo que han hecho los fachas. La realidad ha sido sustituida por el Constructo Ideológico, un paquete de ideas bien definido que cada grupo asume como verdad indiscutible. Y como el bien total. El carácter vulgar de estos paquetes es patente para cualquiera, pero cualquier insinuación de que algo ahí no es real ni bueno, será condenado con fuego inquisitorial y el sospechoso será excluido de la lista de Facebook. Yo estoy en esta batalla porque me la imponen; a diferencia de Martí, a quien también se la impusieron, no me interesan las batallas. Ya ven, hago líneas. Y prefiero incluirme entre los sospechosos de todos los constructos, disfruto la hoguera que me preparan, y me voy al júcaro del patio en cuanto asoma la oreja totalitaria, liberal o clerical, en la que la realidad y el bien no son misterios de Dios infinito, sino propiedad de unos comebolas.

La lucha contra el aborto es la de la promoción del carácter sagrado de la vida y de la dignidad humana. No es cuestión de leyes. El carácter educador y moralizador de las leyes es, como todos sabemos, muy escaso. Por mucho que legislemos contra el asesinato, seguiremos teniendo asesinos por toda una variedad de causas, ninguna defendible. El robo está minuciosamente condenado desde siempre, pero los rateros, y la corrupción de los poderosos, continúa. Una de las causas del limitadísimo alcance moralizador de las leyes es que no son propiamente morales, porque son coactivas. La ley puede concederte un derecho pero te amenaza con un castigo si lo violas, y la amenaza y el castigo no son propiamente morales, porque agreden la libertad individual. Desgraciadamente, tiene que haber coacción. Dicho de otra manera, las leyes no son ni pueden ser santas, pues las sociedades no lo son, y si lo fueran no harían falta leyes; de manera que tratar de promover nada menos que la santidad de la vida mediante métodos no santos, es abrumadoramente erróneo, por lo menos. Para castigar el aborto proporcionalmente al delito, habría que matar a la madre, o encarcelarla como se hace en algunos países para nada santos. Así que para *castigar* la violación de la santidad de la vida, una coacción especialmente inmoral para los que no creen en ella, hay que eliminar una vida que da (y muchas veces ha dado ya) más vida, o arruinar una vida con los demonios de la supresión de la

libertad y la convivencia con criminales y carceleros. Y desde luego, la ley que prohíbe el aborto no elimina la necesidad del aborto. La mujer amorosa y pobre que ya tiene tres hijos ha quedado embarazada de su propio esposo, a pesar de sus prevenciones. Apenas pueden con esos tres muchachos ¿otro más? Pero está prohibido abortar, así que acude al médico clandestino y mediocre, porque el bueno es para los ricos —que la mata—. La adolescente sin control que ha quedado embarazada y acude al aborto clandestino, es maltratada y se queda sin capacidad reproductiva. La santidad de la vida defendida con la coacción de la ley ocasiona muertes, niños sin madre, madres sin hijos. Los que defienden esa ley dicen a menudo que sí, que se lo merecen. Opinión demoníaca, y que los perdone Dios.

Usted, millonario santón, ¿está dispuesto a adoptar niños hasta que se le agoten los millones? Usted no es *pro vida*, usted es *pro parto ajeno*.

Para defender la santidad de la vida en el vientre materno no necesitamos leyes que atenten contra la vida, fingiendo defenderla. Necesitamos sociedades donde la vida fuera del seno materno sea vida de veras. Vida santa, hasta donde eso es posible en la tierra. Vida sin guerras, sin explotación, sin odio. Vida donde todos los niños tengan aseguradas la vida material por el mero hecho de

nacer. Vida donde un niño desamparado sería tan intolerable como un asesino confeso comprando con usted en el supermercado. Y como eso está tan lejos que apenas se puede mencionar sin ser acusado de utopía y ridículo, sería mejor que usemos la coacción de la ley para mantener a raya todo abuso contra la vida fuera del seno materno. Y prediquemos sin cesar, y con el ejemplo, y con la ayuda responsable y solidaria hasta donde es posible en la fragilidad humana, que el aborto es un crimen que debe y puede ser evitado.

VIII



Ningún límite de riqueza ha sido establecido para los hombres, dijo Aristóteles. Pero nunca fue más evidente que ahora la existencia de un límite para la riqueza material. Hay un solo planeta repleto de humanos depredadores. Se ha puesto de moda que podemos irnos a saquear a otros planetas, pero eso solo retarda la solución. ¿Hay límite? ¿No quedamos en que somos libérrimos, que no hay nada que no podamos lograr, o por lo menos intentar? Pero, ¿para qué? ¿Para ser felices, o para ser felices rompiendo algo, quebrando una norma, negándose a cualquier limitación por el mero hecho de que es un límite que consideramos como una limitación? Durante doscientos años se celebra una y otra vez al artista que desbarató las convenciones de su época, que hizo estallar carpenterianamente la catedral de la expresión colectiva. Pero Bach no reventó nada. No escupió ninguna forma. No guillotínó a nadie para afirmar su tendencia, más bien tomó temas musicales ajenos y los purificó y elevó. Bach llenó los difíciles límites del arte de entonces con verdad y genio.

Hay un error, que estamos a punto de comprobar todos dramáticamente, en creer que el límite es limitación, y que la limitación, de afuera o voluntaria, es prohibición o mediocridad. ¿Podemos convertirnos en máquinas o dejarle el planeta a unos artilugios que jamás competirán, ontológicamente, con un amanecer o con una muchacha desnuda? Pues bien, no está prohibido. ¿Alguien pudiera admirar un amanecer perpetuo? ¿Sería bella la muchacha si midiese un kilómetro y siguiera creciendo?

El ser reclama el límite. Cumplir magistralmente con el límite, incluso si es tan recio como el de una fuga a cuatro voces, puede ser gloria.

Negar la existencia de Dios es un derecho. Pero negación no es prueba. Y ocurre que la existencia de Dios no puede probarse pero tampoco *disprobarse*. Esto se ha probado mucho, pero en el mundo del Individuo Individual lo que no le consta al Individuo ni siquiera es sometido a consideración, sino tachado de fantasía o de falacia para confundirte y hacernos daño. Se ha implantado pues un Empirismo Subjetivo Individual, del que se burló Martí en “Cuentos de Elefantes”, de *La Edad de Oro*. El ciego que abraza la pata del elefante afirma que el elefante es cilíndrico, y el que agarra la trompa jura que... La mayor parte de la humanidad queda así condenada a un no conocimiento

que deja además abolido todo el milenarismo esfuerzo de los humanos por usar cabalmente de la razón y entender el mundo y la existencia. Las redes son el paraíso de esta bendecida idiotez. El arribo de la llamada Inteligencia Artificial puede llevar estos extravíos a un paroxismo de demencia colectiva diz que irreversible... En cuanto a la imposibilidad de disprobar la existencia de Dios, puede argumentarse que se trata de una falacia para admitir la consideración de un bulo. Bien: ¿puedo demostrar que amo a Belinda? No, aunque haga por ella todos los sacrificios imaginables. Si no le gusto a Belinda tal vez dirá que estoy mintiendo, que mis holocaustos son un truco, que sólo quiero poseerla y esclavizarla. —No todo puede probarse, no todo puede estar sometido a la experiencia individual como regla de la verdad—. En cuanto a tu experiencia individual, comprenderás que no es la mía. Amo a Belinda justamente porque ha cumplido ya cien años.

El ateo cree que no hay Dios. Pero nunca se queda con esa fe en algo indemostrable —que implica sin remedio afirmar que el universo y la vida humana no tienen ningún sentido, aunque a tantos le resulta indiferente esa contundente proposición—, sino que de inmediato crea otras creencias para apuntalar la vida personal y social fríamente atea. Por lo general el apuntalamiento se vuelve, en compensación, muy cálido. Ya sabemos que la

Diosa Razón cortó cabezas. El socialismo real es un manantial de mitologías. El ateo práctico post renacentista crea poco a poco la Religión de la Tierra, en la que todos seremos felices cuando hayamos sometido a la naturaleza y a todos los hombres a un ideal de vida social perfecta, garantizada por la riqueza material. El Hombre, sin ninguna divinidad existente o imaginaria, crea su propio Orden. No es el *Ordo Amoris* de Max Scheller. Es el orden cerradamente humano de la Libertad del Hombre, en la que el amor puede o no quedar incluido, y que resulta ser la libertad de un grupo de hombres o de uno solo, incluso presidiendo la libertad de *un* pueblo (ahora que los fascismos están de regreso) en contra de la libertad *de los otros*. Yo creo en la Libertad del Pueblo de Dios. Pero cuando la procedencia divina es suprimida, y no me refiero a las declaraciones sino a las realidades comprobables, la libertad del pueblo consiste en esclavizar al pueblo a la esclavitud de las cosas. Ahora bien, los liberales y los comunistas no se ponen de acuerdo acerca de cómo sería la Vida Total sobre la Tierra. Los liberales quieren mucha libertad para que cierta parte del pueblo tenga cada vez más cosas. Los comunistas no quieren libertad sino para producir y repartir bien —según el criterio de una pequeñísima parte del pueblo— las cosas. Todas estas perversiones proceden desde luego de la necesaria necesidad humana de producir, de crear riqueza y bienestar material, que se

dispara cuando, desde el Renacimiento, renace la capacidad humana para explotar el mundo con el pensamiento, la ciencia y la tecnología.

La riqueza material es buena: debemos cultivar el Jardín planetario, incluso galáctico. La creación de riqueza material es creación, una parte de la creación humana, que sostiene y apoya a toda humana creación. Oponerse a la creación de riqueza material es oponerse a la creación. Convertir a la creación de riqueza material como la única o al menos la mayor creación humana es una falacia peligrosa. Participar en la creación de riqueza material como si no fuera creación —del genio individual, y del colectivo, véase cómo delira SpaceX cuando despega la *Starship*, y yo con ellos—, sino como una maniobra del egoísmo, incluso del despotismo, —es usurpación y crimen. Y evidentemente, la creación humana, por muy galáctica que sea, no puede salirse de Lo Creado. Estamos llegando al límite de la riqueza material, pues en un siglo puede ser eliminada totalmente la pobreza en el planeta, y al mismo tiempo el agotamiento de los recursos, la sobrepoblación y la concentración de opulencia en poquísimas manos, nos hará enfrentarnos a una Filosofía de la Riqueza Material como Creación. La Economía dejaría de ser considerada una máquina autónoma —liberales y comunistas coinciden asombrosamente en esa brujería, siendo actualmente una

máquina de perversiones y absurdos que funciona muy mal—, para quedar integrada al verdadero progreso, que es el del humano libre, feliz, exitoso, creador.

Pues sí, dicen que la Economía es una máquina, sometida, como la máquina que es la naturaleza, a leyes digamos que naturales, inviolables. Smith creía en *la mano invisible del mercado*, que organiza en forma automática los precios y crea una armonía económica impecable. Marx creía mucho más: que la vida económica determina en última instancia todo en la historia humana. Lo primero me suena a fantasmagoría, pues nadie vio nunca esa mano ni nunca hubo armonía alguna, sino lucha despiadada por el dinero. Lo segundo es dictadura, incluso en primera instancia. No hay prueba alguna de que la producción de riqueza material tenga semejante autonomía: sobran las pruebas en contra. *No solo de pan vive el hombre*, dijo el Nazareno, pero es interesante que incluso los adoradores del Becerro de Oro estén a menudo más interesados en el juego del poder que en el disfrute de la riqueza: ¿alguien puede vivir en diez mansiones a la vez? ¿se acuerdan de cómo es la cocina en la decimoctava mansión?

¿Puede la creación de riqueza material convertirse en creación autoconsciente, como la del escritor, el artista, el científico, el tecnólogo, pero

en la dimensión social, de grupo y colectiva? El trabajo, ¿puede ser juego? Mil veces Occidente se ha planteado este asunto, desde la Ilustración alemana para acá. El joven Marx concibió un comunismo para lograr ese paraíso. *Cualquiera puede ser artista*, dijo Beuys mientras pelaba unas papas artísticamente, o con humildad. Si algún pensador ilustrado viera las posibilidades de la ciencia y la tecnología contemporáneas, quedaría estupefacto de que no solo no se usen para dignificar e incluso superar el trabajo de la creación material en aras de la felicidad humana, sino que ni siquiera se considere otra felicidad que la del aumento de esa y no ninguna otra riqueza material, a cualquier precio, como si fuese ella misma el *telos*, el objetivo de la felicidad o al menos el bienestar colectivo. Ahora que entramos en la fase de la llamada Inteligencia Artificial y la Energía Infinita, esas posibilidades se me antojan una bofetada. Lejos de apuntar a un paraíso humano, se discute seriamente si hemos llegado al fin de la humanidad y su sustitución darwiniana por unas máquinas que supuestamente van a querer vivir y pensar y hacer un paraíso para ellas mismas, o un infierno, o cualquier otra cosa, pero sin nosotros. Es mucho más probable que unos ultramillonarios trasnacionales absolutamente sin control erijan, con esos recursos, su propio pretendido paraíso, como profetizado en *Metrópolis* y consagrado en *Blade Runner*. Si a esto se suma la consigna del mundo multipolar, esto es, la

invitación al surgimiento de nuevos imperialismos que conquistarán por las buenas o las malas a las naciones inferiores y débiles, resulta evidente que estamos al borde de un Nuevo Orden, un Mundo Fascista, hipertecnológico, opulento para muchísimos, terror y esclavitud para todos, necesariamente violentísimo, expandido a la órbita, a la Luna y a Marte, una distopía sin necesidad de Netflix, un infierno más que global que, una vez establecido, no tengo idea de cómo se podrá no ya abolir, sino siquiera combatir.

¡Millonarios de todos los países, uníos!

¿Seréis tan inútilmente hipócritas para seguir con la farsa de la democracia?

¿No tenéis pruebas de sobra de que hay gente subhumana, floja, incapaz de crear riqueza material, cuya única posibilidad de salvación, de tener algo, es obedecernos a nosotros, los capaces?

¿No somos nosotros, los probadamente listos, los que le definimos a esos imbéciles qué es bueno y qué es malo, qué es paraíso y qué es infierno?

¡Viva el Mayimbato Universal!

¿Pueden las democracias actualmente existentes enfrentarse a este Destino? Son pocas, apenas una docena, y es precisamente en su seno donde este Destino se elabora con descaro. Las democracias francesa y estadounidense partían de la igualdad de todos los humanos, cada humano un voto li-

bre y la mayoría de votos determina el poder, pero eso es lo que no se acepta ya de ninguna manera, puesto que la realidad ha demostrado, según estos fascistas de nuevo y sutil cuño, que un hombre proactivo dotado de capital vale por mil millones de pobres, negros, escritores y homosexuales. Ni siquiera se les ocurre pensar que esas posibilidades de creación de riqueza material que ellos manejan con destreza son el resultado acumulado de generaciones y generaciones de científicos, tecnólogos y empleados, y que sin ellos esa magia del CEO se va a pique de inmediato. En todo caso, a esa genecita se le deja caer la migaja, que con la cantidad de riqueza que hay ahora, sería siempre una migaja de lujo. Por supuesto, un número notable de millonarios se da perfecta cuenta del riesgo latente en estas tentaciones. Porque que no se trata de un proyecto exclusivo de los ricos, sino de una parte beligerante de esos ricos con otros grupos sociales tan escasos de cultura como acomplexados por su inferioridad social. Es exactamente el mismo material del que se nutrieron Mussolini y Hitler, incluyendo antisociales de catálogo y militares impresentables. Pero ahora hay un peligro mayor: la globalización de esa tralla. Ucrania se desangra porque un fascista ruso es lo mismo que un fascista estadounidense. ¿Por qué peleamos, amor? ¿No pudiéramos repartirnos el mundo como querían Adolfo y Kissinger? Ucrania es de Rusia y Cuba también, o la recuperaremos. Los iraníes esclavi-

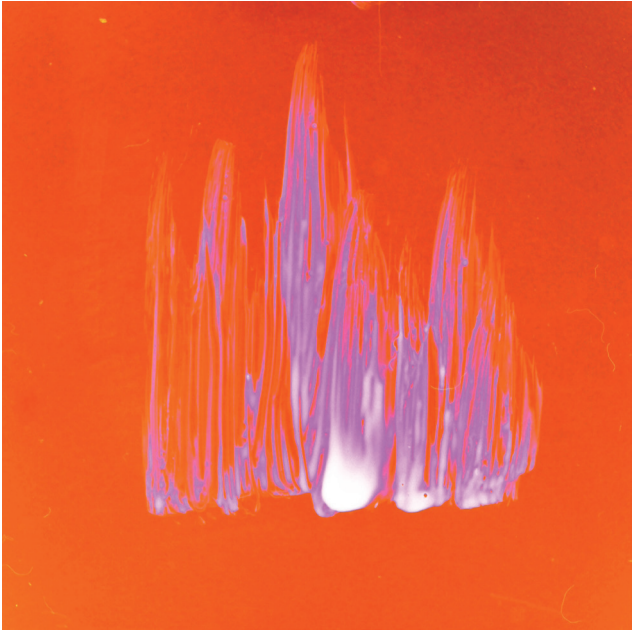
zan a las mujeres y matan a los homosexuales, sí, pero, ¿acaso no eres un hombre tú?

Por otro lado, esas democracias se enfrentan a dos peligros mayores: la corrosión desde abajo de los ideales de igualdad, libertad y fraternidad, en todos los ciudadanos, especialmente en la clase media; y la incapacidad de los políticos y sus ideólogos para salir del marco de referencias habitual acerca de la estructura y funciones de la democracia. Cada cual es un individuo y defiende lo suyo, lo que está bien; pero no podrá lograrse nada fuera de la responsabilidad social. Los liberales se han creído el cuento hegeliano del fin de la historia, y se niegan a reconocer que la acumulación de riqueza en un número insignificante de personas tiene que ser reconsiderada, que todo el orden de creación y distribución de la riqueza material tiene que ser sometido a análisis, a discusión colectiva y permanente. O enterramos la democracia que realmente existe, y llamamos a unos hombres con bigotito, para que gobiernen a nombre de Dios.

La democracia es un sistema abierto. Puede y debe reestructurarse sin negar sus fundamentos. No hace falta ninguna revolución, ningún apocalipsis de pacotilla. Pero el cambio tampoco es inexorable. Téngase en cuenta que esas democracias son pocas. Para los países no democráticos o con gobiernos autoritarios o despóticos, la quiebra de la democracia realmente existente significaría el fin de la esperanza. O tal vez la búsqueda agonal de

esa nueva fase de la democracia que los demócratas históricos y profesionales ya no pueden engendrar, ni aceptar, ni imaginar.

IX



Then I defy you, stars! Grita el enamorado Romeo cuando los acontecimientos no van como él quería. ¿Alguna vez irán como queremos? ¿Deben? ¿Vemos los hechos tal como son, o sólo como los vemos? Romeo había sido desinformado: Julieta estaba dormida, no muerta, aunque todos hubieran podido jurar que había fallecido; y este error conduce a la muerte a los esposos y también al conde Paris. Nadie debiera remitir lo que ocurre a unos pulsares y unos agujeros negros. Rubén Darío soñaba con el siglo XVIII, como tantos en esa época suya que detestaba. Era *la bella época* según nosotros, un tiempo de gracia donde Debussy escribía sus *Estudios para piano*, en los que la música establecía un campamento definitivo, una torre realmente elevada sobre el mundo, sin referencias al mundo (que todavía quedaban como sugerencias pintorescas en sus *Preludios*), para un ensueño suficiente de marfil. Era la época en que Einstein iniciaba un terremoto en la Física, y en nuestra idea de la materia y el universo, que dura hasta hoy. Los obreros empezaban a triunfar en sus justas reivindicacio-

nes. La revolución eléctrica prometía un enorme incremento de la riqueza social. Un ingenio más pesado que el aire se elevaba en el aire por primera vez. Sí, cierto, Rubén, a pesar de esas buenas noticias había mucho profundamente podrido en ese tiempo de gracia, que condujo de inmediato al horror de la Gran Guerra. ¿Era inevitable? Los países que entonces se enfrentaron en una degollina forman hoy un solo país. Pero esa guerra abrió paso a los totalitarismos y generó otra gran guerra peor. Y en ella estamos.

Desconfiar del bien que tenemos, que existe y crece entre nosotros, es la mayor y más peligrosa argucia del mal.

Comprobemos si hay bien y si vamos o no a tener más bien.

En la primavera de 1914 íbamos bien. Pero los austríacos y los alemanes no se habían enterado de que en ese bien nuevo, la política de tragarse territorios para aumentar la riqueza del país, era un mal atrasado y por lo tanto estúpido. Pagaron caro la indigestión.

En 2014 los rusos decidieron que debían empezar a recuperar, y por la fuerza, su antiguo y ruinoso imperio. Está en marcha una nueva Gran Guerra, en algunos aspectos descafeinada, pero no menos estúpida y criminal.

En 2024 están abiertas las posibilidades de una ampliación gigantesca de la mente humana mediante la llamada Inteligencia Artificial y el cálculo cuán-

tico. Y del aumento en flecha de la riqueza social sostenible mediante la fusión nuclear y las energías verdes. Hay un ingenio más pesado que el aire de la Tierra, pero volando en Marte. Hay países pequeños y felices de democracia ejemplar, que demuestran que es posible convivir en libertad y bienestar compartido. Hay todo un ejército de pensadores responsables, que interpretan la realidad con lealtad a la verdad y sin otro compromiso que esa lealtad. Frente a estas buenísimas noticias, la degradación del medio ambiente, la pobreza por injusticia, la guerra como inveterado procedimiento político, la grosería de las costumbres, y la ideología y la demagogia como mentiras aceptables debieran ser un problema menor, materia para nuevos heroísmos de los mismos hombres y mujeres santos de siempre.

¿Cuál es el mal fundamental en 2024?

El del Génesis.

La Superioridad.

Los bienes civilizatorios que comenzaron con el *David* de Miguel Ángel nos han convertido en... Goliat.

Aquella estatua era de bastante más estatura que la del humano más alto...

En efecto, en Florencia empezaban a construir en forma sobrehumana.

Lo hemos logrado.

La superioridad del humano sobre el planeta no acabará con el planeta, pero sí con el humano.

(Vamos, si lo del gravitón va en serio, podremos dominar la gravedad, y un imperio desesperado o un loco sin control podrán sacar al planeta de órbita y hacerlo desaparecer en el Sol).

La superioridad del individuo sobre los demás individuos establece la inseguridad perpetua de todos los individuos que no tengan un sistema de seguridad muy sólido y muy caro. Pero todo sistema tiene sus fallos...

La superioridad del individuo da también muerte a la libertad del pensamiento. Fíjense que digo *del*, y no *de*. La forma que usa José Martí es *del*. Puede existir la libertad de pensamiento como derecho, y al mismo tiempo no *del* pensamiento, que queda anulada por la convicción de cada individuo de que tiene razón y que tiene derecho a no corregir ningún disparate, puesto que es su opinión muy constitucional y muy venerable. Se anuncia la clausura de las humanidades, incluso de las universidades... La libertad *del* pensamiento implica que el pensamiento no es suyo, no es propiedad privada, ni tampoco es propiedad de un grupo o de una nación o de la humanidad en conjunto. Todos los que creen en ese depravado derecho usarán la Inteligencia Artificial para fines de acuerdo con esa preciosa orientación. Consecuentemente: eliminando no ya las humanidades, sino la Humanidad.

Contemplamos la superioridad del ultramillonario, un individuo que nunca podrá comprar a todos los

individuos porque siempre habrá gente capaz de morir antes que venderse, pero sí a los individuos hábiles y suficientes para hacer valer su superioridad como le dé la gana, tirando por el balcón o desprestigiando a esos infelices indóciles. Elon Musk se proclama ya en forma risueña y distópica Emperador de Marte, y creador personal de una nueva raza humana, o post humana, pero suya. Nadie dice una palabra contra las proclamaciones de este profeta, que debiera seguir haciendo el bien con sus autos eléctricos y autónomos, sus baterías perpetuas, sus robots para el trabajo doméstico, etc. Como que la tecnología promete una avalancha de riqueza en lo inmediato, llegará el día en que absolutamente nadie pueda no ya hacer, ni decir, sino pensar una sola palabra contra un ultramillonario: la inmensa mayoría estará sobornada.

La superioridad de la clase de los ultramillonarios, que difícilmente puedan ponerse todos de acuerdo para algo, excepto para seguir siendo superiores, se trata de un fenómeno supranacional, y superior, cómo pudiera ser de otra manera, a lo más superior: la política. Estadounidenses o chinos, liberales o comunistas, qué más da. Los actuales ultramillonarios, aun teniendo en cuenta la pérdida del valor de la moneda, tienen mucha más riqueza y muchísimo más poder que un Vanderbilt o un Rockefeller. Pero dudo que sean mejores managers. Su superioridad es la de la ciencia y la tecnología

de la época, que se apropian con genio, con ingenio y con truco. Y ciertamente se han convertido en superiores. Una persona que tendrá un millón de millones de dólares, ¿cómo va a creer que no es superior frente a un escritor caribeño al que no le interesan esas cifras, sino interpretar *La cantidad hechizada* de José Lezama Lima? ¿Y frente a la señora que él ha dejado que limpie el piso en la mansión, aunque puede hacerlo el robot? Pues sí, dirán muchos, es tan superior que incluso es caritativo. Tan bruta la señora, no debió nacer.

La superioridad decisiva y acaso fatal es la Superioridad del Conocimiento. Las mismas personas más dotadas para inteligir y engendrar conocimiento van siendo superadas por la inmensa masa y la dificultad extrema del conocimiento científico y tecnológico. El arte y la literatura carecen de público, y buena parte de los escritores y artistas ni les interesa ni pueden valorar lo que producen sus críticos refinadísimos. Un matemático que trabaja en el Caos no sabe nada de lo que se hace en Grandes Números. (Hace treinta años uno de ellos me dijo que estaba muy atrasado con el Caos, porque hacía quince días que no entraba a Internet). Recuerdo aquel físico que hace décadas declaró que esperaba que la Teoría Unificada del Campo pudiera ser formulada durante su vida, y que además pudiera *entenderla*. La tal teoría sigue en el limbo y se sospecha que nunca existirá. La Inteligencia

Artificial amplificará estas incapacidades de los más capaces hasta el paroxismo. Buena parte del éxito del investigador dependerá de cómo manejar la máquina de la sabiduría, por lo menos hasta que la máquina lo declare cesante. En determinado momento muy pocos, o nadie, entenderá lo que la máquina dictamine sobre Caos o Números. Téngase en cuenta que todo un Einstein pedía ayuda a los matemáticos para sostener sus visiones. ¿De qué tratan esos manuscritos del genial matemático contemporáneo Ramanujan? Y si esta es la situación de los ciudadanos de máxima inteligencia natural, consideremos los miles de millones de humanos absoluta o medianamente torpes para las aventuras del conocimiento, que vivirán en un mundo indescifrable e incontrolable, como siervos de la gleba tecnológica y ultramillonaria. Guillén Batista, el poeta de los sones, retrocedía ante la más simple ecuación. Diríase que habrá una transición suave hacia esta distopía, puesto que llevamos décadas con la moda del pantalón mecánico roto por la rodilla, y todos saben que lo único que vale es reconocerse como seres falsamente humildes, con poco o ningún valor en sí. Don Octavio decía creer sólo en la poesía y el orgasmo, sin pensar en que muy pocos escriben poesía y que se puede llegar a viejo; pero proclamar hoy día que haya algo por encima del placer te conduce al ostracismo o a grupos de escasa o peligrosa socialidad. Quizás se pueda salvar a don Octavio, que

en gloria esté, con una llamada a la Inteligencia Artificial para sustituir el orgasmo natural por uno artificial, democrático, para todas las edades. Quedará la poesía para los anormales, o superiores.

Ahora mismo sufrimos la más novedosas de las superioridades: la étnica, racial y cultural. Hemos vivido décadas con el espejismo de la derrota del hombre del bigotito y de los samuráis espirituales de Mishima, pero qué va, ahora se nos impone el Mundo Ruso, en el que los ucranianos no existen sino que son rusos metidos a travestis occidentales —de la misma manera que los austríacos eran alemanes—, y han de ser liberados, mediante extrema fuerza masculina, de ese oprobio sexual y religioso. ¿Cómo es posible que un país culto y de raíz occidental y cristiana pueda hacer masivamente —pues nunca se trata sólo de la locura del dictador— un salto atrás en la historia tan ridículo y criminal? Esto puede ser contagioso. Hay unos cuantos países en Eurasia, África y América que tienen tamaño, retraso, ambición y vicio suficientes para inventar sus propios mundos de grandeza y lanzarse a la conquista de los que creen débiles, sin miedo alguno de hacer desaparecer el mundo humano. Pues si no va a existir Rusia, ¿para qué el mundo?

Y finalmente, la guinda de este postre: la superioridad de los que creen en Dios.

Como creo ser cristiano, me atrevo a decirles que Cristo fue hombre real, comió, bebió, orinó, cagó, fue tentado por el demonio, se llevó con los pobres, con los equivocados, con los descarados, hasta con las mujeres, y luego permitió que le destrozaran de arriba abajo y lo asesinaran lentamente, mientras un idiota de inteligencia superior le decía que por qué no bajaba a sus ángeles para que lo sacaran del tormento.

Todo el que crea en la Superioridad, lo mismo si es un ultramillonario ateo o un arzobispo, incluso si lo que cree es en la superioridad de su fe y de su iglesia, debe ser rechazado por los cristianos, como un blasfemo y como un farsante.

Muy probablemente este juicio puede ser compartido por los hebreos, los islámicos, los budistas, los hinduistas, los creyentes de Olofi.

Y para los que se dicen demócratas: no hay democracia sin la igualdad de todos.

Sin dignidad plena para todos.

¡Abajo la Superioridad, antes de que nos abaje!

Hay una batalla por la mente del hombre común. Hay un hombre común para nada inocente, aunque pobre de entendimiento. Y muchos de carácter escaso o confuso, o malandros de veras, porque la soberbia dista de ser una exclusividad de los ricos. Otros son nobles, y a menudo responsables y amorosos, y especialmente espirituales. Durante siglos fueron considerados plebeyos, un término

que mezclaba a toda esa variedad social y moral, y la condenaba en bloque a la sumisión a los nobles violentísimos. La democracia burguesa presupone anular esa clasificación con la supuesta igualdad de todos los ciudadanos. Pero la igualdad ante la ley no elimina la imposible igualdad social, lo que a su vez conspira contra la idea y las instituciones de la igualdad jurídica y política. Con todo, ya no se puede someter al plebeyo. Hay que contar con su libertad no solo en el orden político sino también en el económico. Los liberales, los socialdemócratas y sobre todo los neofascistas cortejan al hombre común, quieren su voto, necesitan su aprobación, lo quieren de carne de cañón, y para persuadirlo se solidarizan con su peor lado inculto y violento.

¿Qué tal si dejáramos que el hombre común, los ciudadanos menos notables, se expresen con su propio discurso, o se callen, dejando en claro la superioridad de la vida sobre el discurso?

Para frenar el secuestro de los ciudadanos llamados corrientes por parte de la Nueva Nobleza que los considera plebeyos, necesitaríamos una nueva democracia surgida y mantenida desde abajo.

¿Se puede?

Aquí el Sangre Azul se ríe, y se tira en la piscina o sube al jet.

Como si él no manejara las redes.

Aunque no la de los pescadores del Mar Muerto. El ciudadano de menos habilidades tal vez son-

ría, sin la realidad o el sueño o la sospecha de su propia democracia de dignidad plena para todos, incluso bajando la cabeza, como evocando la sentencia de un miembro esclarecido de la antigua baja nobleza española, y alcahuete de un poderoso:

*Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.*



Me gustan cada vez más el silencio y la muerte. Aunque lo que encuentro alrededor es la muerte del silencio. Yo mismo contribuyo, con textos como este, a que no haya silencio en el mundo. Y trato de eludir la muerte para seguir produciendo textos. Incluso *podcasts*, que es peor... Así como hay en muchos países una veda de comunicación política antes de las elecciones, debiera haber un Sábado de la Palabra, en todo el mundo. Un sábado que pudiera durar una semana, un mes, un año entero. No un silencio de muerte sino de vida, de realidad; ante todo un silencio de paz. El silencio de la paz, hablándonos. Sin palabras. Fundándonos. Y luego, que de la abundancia del corazón hable la lengua. Porque si brota del corazón sano, esa abundancia hace falta, esa lengua es deber.

Hoy la muerte no significa nada. Es sólo la nada a la que estamos condenados. Porque la vida sobre la tierra sí que existe, es muy sabrosa si hay salud y riqueza, y eso es todo. Si usted pierde a su hijo adolescente, no es ni el primero ni el único

en morir en un accidente o después de una larga y penosa enfermedad: se pasa la página y nos quedamos con la nena. En los milenios de los faraones se vivía para la muerte. Vivían, hay que recordarlo, una narrativa del Viaje hacia la Eternidad, con tal lujo de detalles que dejaría pasmado a cualquiera hoy si se construyera un filme con esas imaginaciones. Los turistas están sometidos alegremente al fraude en donde quiera, y en ningún lugar mejor que en las Pirámides, ahora un respetuoso basurero de piedras históricas. La Pirámide, pulida por fuera, resplandecía al sol del desierto. Desierto: tierra sin vida. Sol del desierto: fe lúcida, recia. Pirámide resplandeciente: sueño geométrico y descomunal de eternidad. Caribeño que soy, nunca simpatiqué con el culto egipcio de la muerte, que apasionaba a Lezama. A Ricardo Bofill, arquitecto exuberante, le gustaba el desierto. Pero ese pueblo en donde se habitaba entre un río descomunal y un desierto sin fin, donde no se podía vivir demasiado, donde la vida no valía casi nada, fue capaz de soñar creativamente la muerte como mejor que esa vida, como mejor que la vida, como vida pura y eterna, y sigue viviendo en esas obras que difícilmente podamos entender hoy. Quien quiera dignificar y alabar el don sagrado de la vida, debe incorporar la realidad de la muerte, sus posibilidades y sus glorias. *La tumba es vía, y no término... La muerte nos lleva el dedo por sobre el libro de la vida.* Dijo el caribeño sabio. Salvar la muerte es salvar la vida.

Fina García Marruz me hacía notar esa frase del *Ave María* que es repetida ahora mismo por tantos creyentes en todo el mundo, tal vez sin la lucidez de la poeta católica: *ahora y en la hora de nuestra muerte*. La primera parte de esta oración está compuesta por frases bíblicas; estas otras palabras, antiquísimas, no. Algunos comprendieron, hace siglos, que el momento de la muerte es esencial y solemne, y también peligroso, pues se ruega la intercesión de la Virgen para ayudarnos en ese trance. Puede ser durísima la muerte y abocarnos a la desesperación, al sinsentido, al rechazo de la vida, a la blasfemia. La protección de la Madre que vio morir al Hijo aporta el sentido; el momento de la muerte queda así salvado. La frase conecta además ese momento crucial —sí, de cruz— con el presente del ahora, necesitado de esto o aquello, siempre importante aunque parezca tan nimio como disponer de agua potable para beber (es mi caso y el de tantos millones de cubanos hoy). Que cada ahora esté ligado al final del tiempo personal es como si nos llevaran el dedo por sobre el libro de la vida, maternalmente.

¡Que termine el Estadio de Embrión, limitado y oscuro, y seamos dados a la Luz de la Vida!

Parece que para el hombre contemporáneo sólo el mal es real. Los artistas y escritores dan testimonio del mal y nada más. Viven del mal que representan, y su público refrenda esa honestidad y

consume el mal como lo único que hay. En cuanto al Bien, es algo como azúcar candy, muy ridículo. Engorda, interrumpe o perjudica la actividad sexual. O te convierte en adicto a la telenovela mexicana. Muchos creen que si hablamos del mal lo denunciamos. Eso ocurría cuando la sociedad tenía una idea del bien. Pero si no hay una alternativa al mal poco a poco nos empezamos a acostumbrar con no buscarle alternativa. Generaciones enteras dedicadas a la fealdad del mal. A la expulsión del bien como una narrativa, un cuento chino más. La omnipresencia del mal en el alma de los jóvenes va creando un mundo paralizado por el mal, por lo menos. Tatuajes, reguetones, supuestas rebeliones contra el mal del mundo que deja al mundo sin verdadera acción por el bien. Quizás con tu pareja, durante dos o tres meses...

Dice más o menos Batman, cito de memoria, en un filme: *No soy lo que soy por dentro: lo que hago me define*. Vaya bocadillo para un entretenimiento. La tensión entre ser y hacer no es cualquier tema. *Lo que soy por dentro* no es más que lo que yo veo de mí mismo, que es casi nada y bastante defectuoso; y ya sabemos que todos somos miopes ante cualquier realidad, incluso la calculable o medible: pensemos ahora en la misteriosa unidad, o desorden, de lo que definimos como *dentro* por oposición a lo de *afuera*. Resbaloso conocimiento, en verdad. Pero la segunda parte de la frase tam-

poco es simple. Qué parte de lo que hago me define, y si me define en el bien o para el mal, y qué es esa definición, si es que existe, y para qué puede servir. Sin embargo, es un hecho que Batman es un millonario que ha tenido motivos *personales* para meterse a justiciero anónimo y violento. Por dentro es millonario, en la ciudad es un justiciero nocturno. La oscuridad de adentro hace algo en la oscuridad de afuera. No está mal, y el filme y la saga fluyen, y somos felices con esos horrores. Pero es un hecho que no es lo mismo *ser* que *hacer*. Podemos hacer muchos actos que entendemos que son contrarios a nuestro ser individual, a lo que somos o al menos a lo que creemos ser. Por favor, no mate a nadie ni aun cuando usted se proponga ser un murciélago justiciero esta noche. Usted no es un murciélago. Amanece usted como humano, y en otra época se creía que usted era un hijo de Dios. Para el tonto que cree ser hijo de Dios de la versión Trinitaria, el problema es sencillo: usted es hijo de, pero no es ahora mismo Dios: no es el Padre, que da el Ser; ni el Hijo, que es el Acto del Ser; ni el Espíritu, que es el Amor Actual, corriente. Sígale la corriente. Olvídense de la fractura, de la tensión, de las identidades. Actúe amorosamente y tendrá la Unidad.

Niño, si vas a jugar en el piso, ponte el pantalón mecánico... Años después hacía yo la cola de la Cinemateca en Camagüey cuando noté que todas

las cultas personas que la integraban, hombres y mujeres, jóvenes o mayores, vestían pantalones mecánicos, aunque iban a jugar con Tarkovski. Yo rompía esa unanimidad para nada socialista, pues los pantalones mecánicos, ahora llamados mezclillas o jerseys, eran caros e importados. Acabé comprándome uno, no por convicción sino por camuflaje. Ahora voy a misa con ese tipo de tela, que me mandan del Norte. Mis tías modistas no paraban de hablar de la excelencia de la gabardina, de la muselina, de... he olvidado los nombres de las telas. Con todo, eso de gastar lo poco que tengo en un pantalón mecánico roto en la rodilla ya me ha parecido excesivo, y créanme que a mí me interesa la moda como arte, y como expresión de la dignidad humana en las épocas, y estoy al día con los personajes masculinos y apocalípticos de John Galiano... Uno de ellos pudiera ser Miguel de Cervantes con su gorguera... Se trata de la incivilización del *id* de Freud, lo que estaba reprimido en la primavera de 1914 y estalló en el verano. *Lo de abajo*... La confesión de que tenemos muchas ganas de. Y sólo de. Que en realidad lo de arriba no existe, es una ilusión que han construido los reprimidos en combinación con los represores del Poder. Que no hay jerarquía. Que usted puede escoger entre salvar a un niño o salvar a una mariposa; y también declarar con toda honestidad que ignora en qué consiste el verbo salvar. Ya que no hay jerarquía, usted está tan arriba que puede ves-

tirse como si fuera de abajo. Nadie lo va a insultar, pues los otros han llegado también al disfrute de semejante condición.

Sea humilde, esto es, pieza del automóvil, mecánico de una máquina ruidosa, apestosa y peligrosa. Finja ser más roto de lo que es, identifíquese con la mediocridad, con la disfunción, con el roto, con el no tener *na*, aunque suspire usted por tenerlo *to*. Incluya una gorra de pelotero, que es lo que yo hago. No se fije en las alfombras rojas ni en los trajecitos de los royalties; son rezagos de un pasado que nunca volverá. Sea democrático como casi todo el mundo, esto es, viva sin el mito decimonónico de la dignidad. Para ser manso, primero sea corrientón. No escriba sonetos. Eso es inútilmente difícil. La vida hoy en día es fácil, inmediata como apretar un botón del control remoto, cómoda y ligera como unas zapatillas.

No crea en Dios.

Juan 16, 19-23

Jesús conoció que querían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Todavía un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis? De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz

un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. En aquel día no me preguntaréis nada.

En la Alegría se acaban las preguntas. Se tornan innecesarias. Porque preguntábamos no por esto o aquello, por el flogisto el gravitón, por la ley o por el reino, sino por la Alegría. Me encanta que Jesús diga esa frase como sonreída, alegre ella misma, a pesar de que está anunciando también esa muerte suya para nada alegre, de la que regresará victorioso. *Yo he vencido al mundo*, dice enseguida, aunque todavía no ha pasado por la Cruz. ¿Y qué? Ya venció, porque ha asumido su tarea, que es su ser. Schiller lo expuso en su famosa Oda que musicalizara el Sordo: Alegría, hija del Elíseo. Al final el Coro repite esa frase en un arrebatado de éxtasis, en el que se acaban ya las preguntas, la pregunta misma que es la Música, y lo que queda es una coda como de Danza. Es el júbilo popular, no el de la sala de concierto, el Pueblo que ha alcanzado la Alegría y está en el Elíseo, y ya no hace falta sino hermanarse para siempre en la Danza. O en el Silencio.

Compatriotas de la Música y de la Danza, de la rumba y del guaguancó, del son y del danzón, de

las sonrisas de los negritos pobres en el cuadro de Juana Borrero, en medio de este apagón interminable, díganme que soy parte de ustedes, que somos hijos de la Hija del Elíseo, que se han acabado las preguntas porque la Alegría ha llegado y está ante nosotros.

Y ahora que he padecido tanto aquí, en este raído pupitre, con este papel viejo y este lápiz sin punta, haciendo líneas a ver si me gano la libertad de la verdad, o la verdad de la libertad, ¿seríais tan amables de permitirme huir de la escuela hasta mañana —de dejarme volver, al menos por unas horas, al Silencio—?

Índice/ Imágenes

- I. Imagen de la serie *Diario de fuego*. / 7
- II. “Estudio”. Óleo sobre lienzo, 26 x 25 cm. / 21
- III. *Diario de fuego*. / 33
- IV. “Lenguas (Estudio)”. Óleo sobre lienzo, 25 x 45.5 cm. / 43
- V. *Diario de fuego*. / 53
- VI. “La Candelaria. (Más lejos y más cerca de casa)”. Óleo sobre lienzo, 25 x 25 cm. / 65
- VII. *Diario de fuego*. / 75
- VIII. “Cigüeñas traen fuego (Sueño)”. Óleo sobre lienzo, 25 x 35 cm. / 85
- IX. *Diario de fuego*. / 99
- X. “Estudio”. Óleo sobre lienzo, 26.5 x 38 cm. / 113

Del autor

Rafael Almanza Alonso, Camagüey, Cuba, 1957. Poeta, narrador, ensayista, crítico de arte y literatura, editor, promotor cultural, curador de arte, periodista independiente. Maestro. Ha publicado: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, ensayo, Ciencias Sociales, La Habana 1990; *El octavo día*, cuentos, Oriente, Santiago de Cuba, 1998; *Hombre y tecnología en José Martí*, ensayo, Oriente, Santiago de Cuba, 2001; *Libro de Joven*, poesía, Editorial Homagno, Miami, 2003; *Vida del padre Olallo*, biografía, Barcelona, 2005; *Los hechos del Apóstol*, Vitral, Pinar del Río, 2005; *El gran camino de la vida*, poesía, Editorial Homagno, Miami, 2005; *Elíseo DiEgo: el juEgo de DiEs?*, ensayo, Letras Cubanas, La Habana, 2008; *HymNos*, poesía, Homagno, Montreal, 2014; *El octavo día*, segunda edición; *Nada existe*, novela; *Fívilas u peróvilas*, narraciones; *Los hechos del Apóstol*, segunda edición; *Introducción a la poesía de José Lezama Lima*, ensayo, Homagno, 2020; *Palabra pública*, Editorial Boca de Lobo, La Habana-Buenos Aires, 2020; *El cancionero trascendental*, Homagno, 2021; *Donde la alabanza oficia*; *Hacia la democracia cubana*, Ediciones Deslinde, 2022; *Félix Varela hoy*, Ediciones Memoria, 2023. Colaborador de publicaciones cubanas y extranjeras.

